

LOS MACABEOS

DRAMA



Carlos María Barberán y Plá



LORCA 2019

LOS MACABEOS

DRAMA

Carlos María Barberán y Plá

1ª Edición, 2019

Reservados todos los derechos. De acuerdo con la legislación vigente, y bajo las sanciones en ella previstas, queda totalmente prohibida la reproducción y/o transmisión parcial o total de este libro, por procedimientos mecánicos o electrónicos, incluyendo fotocopia, grabación magnética, óptica o cualesquiera otros procedimientos que la técnica permita o pueda permitir en el futuro, sin la expresa autorización por escrito de los propietarios.

EDITA

MANUEL MUÑOZ CLARES & ASOCIACIÓN AMIGOS DE LA
CULTURA

ESTUDIO, SELECCIÓN Y NOTAS

JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ RUBIO

TEXTO TEATRAL

CARLOS MARÍA BARBERÁN Y PLÁ

FOTOGRAFÍA

JOSÉ RODRIGO NAVARRO-CASETE

IMPRIME

CAYETANO MÉNDEZ

ISBN 978-84-09-14576-8

Dep. Legal. Mu-993-2019

Impreso en España – Printed in Spain

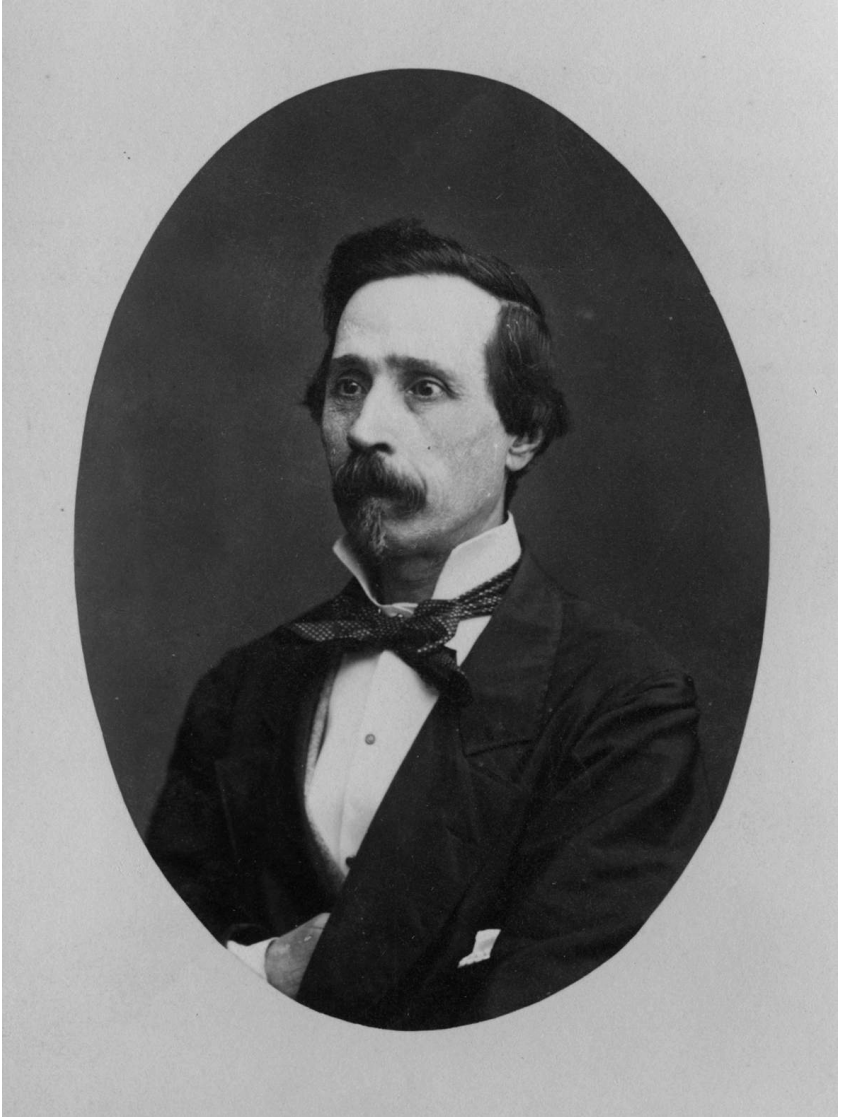
GRABADO DE LA PORTADA

JULIUS SCHNORR VON CAROLSFELD (1794–1872)

DIE BIBEL IN BILDERN

ÍNDICE

PALABRAS PRELIMINARES	7
1. Justificación	7
2. Semblanza biográfica	7
2.1. Nacimiento y primeros años (1821-1832)	7
2.2. Formación y abogacía, vida familiar y acercamiento al periodismo (1833-1853)	8
2.3. Cargos municipales y sus inicios literarios (1854-1864)	10
2.4. Progresión literaria y el Ilustre Colegio de Abogados (1865-1895)	12
2.5. Vejez, muerte y homenaje póstumo del Ateneo Lorquino (1896-1902)	17
3. Producción periodística y literaria	17
3.1. Aproximación a su estética prosaica (1844-1891)	17
3.2. Aproximación a su estética poética (1844-1897)	24
3.3. Aproximación a su estética dramática (h. 1891)	37
4. Conclusiones	42
Fuentes consultadas	42
LOS MACABEOS	47
Acto I	49
Acto II	77
Acto III	108



PALABRAS PRELIMINARES

Juan Antonio Fernández Rubio

1. JUSTIFICACIÓN

Entre la pléyade de firmas lorquinas, duermen el sueño de los justos algunos autores que, con sus escritos, marcaron profundamente el panorama cultural de esta ciudad desde mediados del siglo XIX. Es curioso que algunos de esos nombres no figuren ni tan siquiera en el canon literario murciano,¹ quizás debido a la escasa difusión de sus trabajos que en ocasiones no superaron el ámbito local, o bien, quedaron relegados a archivos particulares por tratarse de textos inéditos.² En este contexto queda enmarcada la figura de Carlos María Barberán y Plá, cuyo desconocimiento se pretende paliar con este libro. En sus páginas queda plasmada su biografía y un perfil literario que lo presenta como una de las plumas románticas y protomodernistas de Lorca. Así mismo, una vez presentado el autor, se edita su drama inédito *Los Macabeos* como muestra representativa de su estética y con la pretensión de acercar este título al lector actual.

2. SEMBLANZA BIOGRÁFICA

2.1. Nacimiento y primeros años (1821-1832)

Fue el segundo hijo del matrimonio compuesto por Carlos Barberán y Palacios (Moyuela, Zaragoza) y Ramona Plá y Ferrer (Requena, Valencia). Le precedió una hermana, Ramona, y le siguieron otros cuatro: Josefa, Asunción, Manuel y Joaquín María. Nacido en Valencia en 1821, un año después el cabeza de familia se trasladó a Lorca al ser destinado, como capitán, al Regimiento Provincial de dicha ciudad, instalándose en el número 34 de la calle de la Cava, en el distrito de la parroquia de Santiago.³ Desde muy joven fue educado en los valores tradicionales de la nación, sobre todo en un ferviente catolicismo, así como en una

¹Establecido en esta obra: DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier y PACO, Mariano de (1989): *Historia de la literatura murciana*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X y Editora Regional de Murcia.

²Los textos inéditos para la confección de este libro han sido cedidos por la familia Muñoz Clares.

³AML – Padrón Municipal de 1824. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

orientación política conservadora por influencia de su padre, declarado opositor de la corriente liberal y partidario de una monarquía absolutista.

2.2. Formación y abogacía, vida familiar y acercamiento al periodismo (1833-1853)

Con la muerte de Fernando VII, en septiembre de 1833, la regente María Cristina se apoyó en los liberales para afianzar en el trono a su hija Isabel frente a las pretensiones de los carlistas, seguidores absolutistas de su cuñado Carlos María Isidro. En Lorca uno de sus adeptos fue el propio Carlos Barberán que tomó partido por ese bando. Desde el mencionado año a 1839, su hijo llevó a cabo su formación en estudios secundarios en el Colegio de la Purísima Concepción, anexo a la entonces colegiata de San Patricio, lo que compaginó con sus primeras lecturas (cuando el Romanticismo comienza a germinar en España, mientras se iba superando en el resto de Europa). Los libros que leyó, de autores como Mariano José de Larra, José de Espronceda, Antonio García Gutiérrez, José Zorrilla, el Duque de Rivas y Juan Eugenio Hartzenbuch,⁴ fueron los que le encauzaron a una temprana vocación literaria. Entre 1834 y 1836 cursó Filosofía y a continuación Teología, estudios que concluyó en el Colegio de Humanidades que sustituyó al de la Purísima por su cierre. Inició la carrera de Derecho en la Universidad de Granada, graduándose a claustro pleno de bachiller. El 28 de julio de 1844 comenzó a colaborar en el periodismo local, en el diario *Luz del alba* del que fue uno de sus fundadores. Finalmente, el 1 de julio de 1847 recibió el grado de licenciado en jurisprudencia por la Universidad de Valencia, cuyo título le fue expedido, en su tierra natal, el día 26.⁵ En 1849 empezó a ejercer como promotor fiscal interino en el Juzgado de Primera Instancia de Lorca, por nombramiento del entonces juez titular.

Una vez establecido económicamente se comprometió con Bibiana Rodrigo Navarro-Casete, hermana del fotógrafo José Rodrigo, con quien contrajo nupcias el 3 de mayo de 1850 siendo la ceremonia oficiada por José Pérez Muelas en San Mateo por

⁴LÓPEZ BARNÉS, Juan (h. 1937): *Renunciación*, Lorca: mecanografiado inédito; pág. 41. También en una obra precedente sin título a la que se puede denominar como LÓPEZ BARNÉS, Juan (h. 1890): *Apuntes biográficos*, Lorca: mecanografiado inédito; pág. 68.

⁵AGRM – Expediente personal de Carlos María Barberán, fol. s.n.

ser parroquia de la novia.⁶ Estableció la residencia familiar en su casa,⁷ en el núm. 3 de la calle de Santo Domingo,⁸ donde convivió con su hermana Asunción, su cuñado Miguel Escobar y sus sobrinos Miguel y Carlos (hermanos del futuro notario Francisco Escobar Barberán), todos ellos atendidos por dos criadas. En la casa contigua (núm. 4) se encontraba la vivienda de sus padres. Carlos Barberán y Palacios, retirado de la vida castrense, regentaba un comercio con su yerno, Miguel Escobar, y su hijo Manuel, quien vivía con su mujer, Pura Fraurí, en el núm. 12 de la misma calle. Del recién constituido matrimonio nacieron nueve hijos: Carlos José, María Concepción, Ramona, Manuel, Lorenzo, Bibiana, Joaquín, Ramón y Vicente de Paúl, bautizados todos en la parroquia de Santiago.⁹ Afortunadamente se ha conservado un retrato retórico redactado por Juan López Barnés, quien lo describe en los preámbulos de la creación del primer *Liceo Lorquino* del que fue uno de sus fundadores:

Era hijo de familia adinerada [...] Era la simpatía personificada, y la bondad, anidando en un cuerpo alto, de gallarda apostura. Romántico empedernido, usaba melena, corta, cuidada con gran esmero, ahuecada por la parte inferior de las orejas; vistoso adorno de su semblante oval, que completaba un bigotillo de puntas retorcidas y una perilla larga, un poco retorcida a su terminación. [Carlos María]¹⁰ que también había hecho con gran aprovechamiento su carrera de leyes, y al que sus compañeros le auguraban un gran porvenir en el foro, era un admirador entusiasta de nuestros poetas románticos; para solaz y recreo de sus amigos, a petición de éstos, amenizaba las horas de tertulia, recitando composiciones poéticas de sus poetas favoritos; lo hacía tan bien, que no sólo ganaba la atención, sino los más cálidos aplausos de los que las escuchaban. A las veces, recitaba algunas poesías suyas de las muchas que conservaba inéditas; la opinión de [Eulogio Saavedra] o de [Braulio Mellado] sobre sus trabajos poéticos, la consideraba [Carlos María] de gran valor.¹¹

⁶APSM – Libro núm. 9 de matrimonios de la parroquia de San Mateo de Lorca (1848-1851); fol. 21.

⁷AML – Padrón Municipal de 1847. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

⁸AML – Padrón Municipal de 1854. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

⁹AML – Padrón Municipal de 1889. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

¹⁰Todos los nombres que aparecen en este retrato van entre corchetes por ser modificaciones realizadas sobre el original, pues se trata de una novela en clave donde su autor recurre a otros antropónimos.

¹¹LÓPEZ BARNÉS, Juan (h. 1937): *op. cit.*; págs. 41-43.

El 17 de octubre de 1851 fue nombrado promotor fiscal sustituto en el Juzgado, ocupando el puesto hasta el 23 de mayo de 1853 cuando renunció por enfermedad. Para esos años formó parte de una tertulia de prohombres locales, entre ellos se encontraban dos de sus grandes amigos, Eulogio Saavedra Pérez de Meca y Braulio Mellado. Estos ilustres, presididos por el sacerdote José María Rael, presbítero de San Patricio, solían pasear cada tarde por las alamedas hasta el santuario de Nuestra Señora la Real de las Huertas (diputación de Tiata) debatiendo sobre todo tipo de temas: el clima, la religión, la situación política del país...¹²

2.3. Cargos municipales y sus inicios literarios (1854-1864)

Mientras que en 1854 los progresistas, cansados del moderado gobierno de la nación, se levantaron en armas en Vicálvaro y accedieron al poder, en Lorca se estableció una Junta de Salvación Pública integrada por antiguos concejales, alcaldes y diputados de la Regencia de Espartero como Antonio Moya-Angeler y Francisco Marín, siendo elegido presidente Francisco Leonés. Dicha Junta nombró nuevo ayuntamiento el 22 de agosto, siendo designado alcalde Francisco Javier Mellado Sánchez-Manzanera. A la corporación progresista se le presentaron problemas que acabaron en inestabilidad política; entre ellos, una epidemia de cólera (1854-1855) y una crisis de subsistencias, agudizada por las exportaciones masivas de trigo y el incremento de su precio. Además, la oposición del clero a la tolerancia religiosa¹³ y a la *Ley Desamortizadora del primero de mayo* provocó continuos enfrentamientos en Lorca durante el *Bienio Progresista* (1854-1856). Por esta razón el clero impulsó la reactivación de las cofradías de Semana Santa. Como consecuencia de lo expuesto, el 6 de septiembre de 1856 se disolvió la agrupación municipal encabezada por Francisco Javier Mellado quien, tras el golpe de Estado de O'Donnell que dio lugar al *Bienio Moderado* (1856-1858), se mantuvo al frente del consistorio hasta que fue nombrada, por designación del gobernador militar de la provincia, la nueva corporación. Resultó elegido alcalde Francisco de Paula

¹²En estas reuniones parece ser que José María Rael relató un suceso que le ocurrió una noche en la que fue testigo de un misterioso asesinato el cual, años después, Carlos María Barberán contaría a su nieta Bibiana. Para saber más al respecto, *vid.: La Verdad*, 24 de abril de 1977; pág. 24.

¹³Plasmada en la base segunda de la Constitución Progresista.

Ruiz-Mateos Ladrón de Guevara y entre los concejales recién designados se encontraba Carlos María Barberán quien, por su trayectoria profesional en la abogacía y sus amistades políticas, ocupó el puesto de regidor síndico junto a Eulogio Saavedra, primer teniente de alcalde.¹⁴ Asistió con regularidad a los plenos durante los seis meses que ostentó su cargo donde, entre otros asuntos, intervino en el acuerdo de la suspensión de roturaciones de montes;¹⁵ fue designado para dos comisiones: supervisar la entrega de una documentación en posesión del secretario cesado al archivo del Ayuntamiento¹⁶ y la liquidación de los fondos municipales con la elaboración del correspondiente informe.¹⁷ Se le asignó también el expediente instruido sobre la escasez de agua del caño de la plaza Mayor,¹⁸ se le otorgó una tercera comisión para organizar el proceso electoral del Ayuntamiento¹⁹ y, por último, la realización de una intervención para que se acordase la liquidación de los ramos adquiridos en 1856.²⁰ Sin embargo, el 24 de marzo de 1857 fue disuelto el equipo de gobierno y se nombró nuevo regidor síndico al alcalde saliente, terminando, por tanto, su breve carrera política.

De diciembre de 1857 hasta 1859 ocupó el puesto de vocal de la Junta de Instrucción Primaria de esta ciudad por elección del gobernador provincial, al tiempo que, desde el 11 de marzo de 1858, fue socio de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia. El 22 de noviembre de 1860 fue elegido vocal de la Junta del Partido Judicial de dicha localidad para la rectificación del censo de población, a instancias del juez de primera instrucción.²¹ Simultáneamente, desempeñó el papel de primer suplente en el Juzgado, en el cual ejerció en varias ocasiones como juez de paz (1860-1864).²² En esos años continuó residiendo en el núm. 3 de la calle Santo Domingo, al lado de su madre, quien era viuda desde 1858 aproximadamente y vivía con

¹⁴AML – Acta Capitular desde 6 de septiembre hasta finales de 1856, fol. 1 r.

¹⁵*Ibidem*, fol. 26 v.

¹⁶*Ibidem*, fol. 40 r.

¹⁷*Ibidem*, fol. 81 v.

¹⁸*Ibidem*, fol 103 v. Su resolución se recoge en el Acta Capitular de 1857, fols. 140-142; constituyendo su última intervención como regidor síndico municipal.

¹⁹*Ibidem*, fol. 118 r.

²⁰AML – Acta Capitular de 1857, fol. 14 v.

²¹*Idem*.

²²*Idem*.

su hijo más joven, Joaquín María, y un criado.²³ Para entonces su hija María Concepción había fallecido. En otro orden de cosas, el 2 de marzo de 1863 (viviendo en el núm. 2 de la calle Arquillo),²⁴ seguía perteneciendo a la Real Sociedad Económica de Amigos del País pero en su dimensión local. A partir del 22 de septiembre de 1864 ejerció, por asignación del rector de la Universidad de Valencia, como profesor interino de Retórica y Poética en el Instituto Local de Segunda Enseñanza gracias a una autorización de Real Orden publicada dos días antes.²⁵ De hecho, fue uno de los primeros miembros del claustro de profesores de tal institución. Paralelamente a sus responsabilidades laborales en los ámbitos de la justicia y la educación, prosiguió desarrollando su pasión por la escritura, especialmente en la lírica, como prueba la redacción de su manuscrito *Cuadros de caridad* (1864).

2.4. Progresión literaria y el Ilustre Colegio de Abogados (1865-1895)

Desde 1865 la situación política se volvió más compleja. En septiembre de 1868 estalló en Cádiz un movimiento insurreccional promovido por los militares y partidos políticos contrarios a la monarquía isabelina. Sin embargo, en Lorca se vivió una tranquilidad total, pese a la proclamación del estado de guerra, el cierre de clubes y de círculos republicanos que culminó con una fase monárquico-democrática²⁶ y una inestabilidad política derivada del breve reinado de Amadeo I de Saboya. Como resultado, el 15 de junio de 1870 se produjo, contando con la aprobación del clero, la creación de una Asociación de Católicos entre cuyos miembros se encontraban tradicionalistas como Francisco Cánovas y Cobeño y el propio Barberán, por lo que Eulogio Saavedra expuso que «el carácter de la misma es enteramente ajeno a la política». Por otro lado, en 1871, tuvo lugar uno de sus grandes éxitos literarios, cuando su poema *La conquista de Lorca* fue premiado en un certamen promovido por la revista valenciana *Ilustración Popular*.²⁷

²³AML – Padrón Municipal de 1859. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

²⁴AML – Padrón Municipal de 1863. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

²⁵AGRM – Expediente personal de Carlos María Barberán, fol. s.n.

²⁶MUNUERA RICO, Domingo (2005): «La reinstauración de los pasos de nazarenos y el cambio de “modelo” en las procesiones», *Perspectivas de la Semana Santa de Lorca*. Murcia: Editora Regional de Murcia y Ayuntamiento de Lorca; págs. 91-92.

²⁷*El Liceo Lorquino*, 15 de abril de 1898; pág. 109.

El 3 de enero de 1874 desapareció la Primera República (proclamada el 11 de febrero de 1873) por un golpe de Estado tras la entrada en el Congreso de las fuerzas del general Pavía, dando paso a la dictadura del general Serrano. Mientras tanto, la Junta Cantonal confirmó como alcalde de Lorca a Miguel Abellán Pinar. En pleno cambio de sistema político, el juez de primera instancia del Partido Judicial de Lorca, José Rodríguez Roda, convocó a todos los abogados del municipio para ahondar en las ventajas e inconvenientes de la fundación de un colegio de abogados. El 27 de julio se dio lectura a una memoria en la Junta General para su constitución y se produjo la colegiación de sus veintiocho fundadores.²⁸ Inmediatamente se procedió a la elección de la primera Junta de Gobierno. Entre los cargos electos figuró Carlos María Barberán como diputado primero.

El 1 de enero de 1875 se proclamó en Lorca a Alfonso XII como nuevo rey, formándose una Junta presidida por Antonio Pérez de Meca Trossé, segundo conde de San Julián, e integrada por otros destacados lorquinos. Fueron en su mayoría abogados, vinculados con el nuevo colegio, y miembros, a su vez, del antiguo Partido Moderado, de la Unión Liberal e incluso progresistas desengañados del fracaso de la revolución. Entre ellos no se encontraba Carlos María Barberán a causa de su orientación carlista. A su vez, el 27 de mayo de 1877, al formarse una nueva Junta de Gobierno del Colegio, fue designado decano hasta el 31 de mayo de 1878, cuando se eligió a Eulogio Saavedra. Por otro lado, una desgracia de enormes proporciones sacudió al municipio el 14 de octubre de 1879 al producirse la Riada de Santa Teresa. A consecuencia de tal tragedia, un grupo de escritores lorquinos confeccionaron un álbum poético con el nombre de *El Guadalentín*, que se abre con una composición suya titulada *Elegía*. Además, desde marzo de 1876 fue vicedirector primero del Ateneo de Lorca.²⁹

Tiempo después, el 21 de mayo de 1882, se nombró una nueva Junta de Gobierno y fue nombrado diputado segundo. Sin embargo, al año siguiente (el 16 de febrero) se reunió la Junta General, a petición de los colegiados Carlos María Barberán, su hermano Manuel y Ceferino Marín, «con objeto de dar cuenta

²⁸Listado de colegiados del Ilustre Colegio de Abogados de Lorca (1874-2009).

²⁹*El Relámpago*, 2 de marzo de 1881; pág. 7.

de un asunto de interés importante para el Colegio»,³⁰ por lo que Barberán hizo uso de la palabra:

Manifestó el sentimiento que le embargaba en vista de las diferencias surgidas entre el Sr. Presidente de la Audiencia de esta ciudad y el Sr. Alcalde, por cuestiones del local de la misma, exponiendo también dicho señor al Colegio los resultados lamentables que podría tener para esta ciudad conflicto de tal naturaleza, por lo que, aun teniéndolo por oficiosidad, consideraba indispensable la intervención del Colegio en dicha cuestión a fin de que éste, imparcial y desinteresado, pudiera proponer a las mencionadas Autoridades un medio de arreglo que no perjudicara la buena administración de Justicia, ni los intereses municipales.³¹

Tras su exposición se produjo una discusión y se acordó nombrar una comisión, integrada por Ceferino Marín, Pedro Alcántara Sánchez y el propio Carlos María Barberán, para que propusieran al alcalde y al presidente de la Audiencia el arreglo deseado. La sesión se suspendió durante una hora y media y al retomarla informaron que ambas partes no se avinieron: por un lado, el alcalde justificó que el precario estado de las arcas municipales no lo permitía; y, por otro, el presidente de la Audiencia se excusó en que no le convenía a la Administración de Justicia. No obstante, comentaron que el alcalde añadió que para los presupuestos del año próximo incluiría un capítulo especial para el arreglo de la Audiencia.

El dolor y la pena sacudió el hogar de los Barberán-Rodrigo cuando el 25 de marzo de 1883 murió Manuel, a quien siguieron, en breve espacio de tiempo, sus hermanos Carlos, Lorenzo y Joaquín. Por otro lado, el 17 de mayo, la Junta de Gobierno acordó que el Colegio de Abogados se sumase a las iniciativas de los Colegios de Salamanca y Logroño «patentizando al Gobierno los grandes perjuicios que la reforma de los Tribunales, en lo Criminal, ha ocasionado a la honrosa clase de Abogados»;³² por tanto se comisionó a Carlos María Barberán, como diputado primero, para redactar el oportuno escrito. En 1888 publicó su primer trabajo ensayístico (al margen de sus artículos de periódico, por supuesto). Corresponde a un opúsculo, *Las procesiones de*

³⁰CAMPOY GARCÍA, José María (1974): *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Lorca y su transcendencia en la vida local (1874-1974)*. Ilustre Colegio de Abogados de Lorca; pág. 33.

³¹*Idem*.

³²*Ibidem*, págs. 33-34.

Semana Santa en Lorca, en cuyas páginas logra dar explicación a dicho fenómeno festivo de adoctrinamiento desde una perspectiva religiosa, artística y, cómo no, social.

Con el paso de los meses, el 16 de junio de 1889, quedó constituida una nueva Junta de Gobierno del Colegio, saliendo reelegido decano Manuel Barberán y Plá y, entre los restantes cargos, su hermano como diputado primero. A partir de entonces, no volvió a celebrarse ninguna junta hasta el 23 de julio de 1890, en vista de la escasa recaudación que se obtuvo por bastanteo de los poderes. Así pues, en esta última fecha fue nombrado decano mientras que su sobrino, Carlos Barberán Cayuela, nuevo secretario-contador. A la recién proclamada Junta le correspondió tomar algunas iniciativas: el acuerdo de 31 de julio de 1890 por el que se formaron listas de colegiados por antigüedad; comunicación al juez municipal sobre los poderes (obligatoriedad del sello de bastanteo); y se le facultó, como decano, para hacer modificaciones en el mobiliario del Colegio. En la Junta General del 23 de julio de 1891 se eligió a la nueva Junta de Gobierno, volviendo a ser reelegido como decano; simultáneamente, se planteó la posibilidad de incorporar a un nuevo colegiado, natural de Vera, por la necesidad de defender a unos demandados por el propio decano Barberán, por lo que este suscitó, ese mismo día, dicha cuestión en Juntas General y de Gobierno. Por otro lado, en torno a estos años, López Barnés volvió a redactar otro retrato que lo describe en su vejez:

Respetable personalidad [lorquina],³³ don [Carlos María Barberán y Plá], abogado de gran renombre en la región levantina, y poeta de altos vuelos, decidido partidario de la escuela romántica. Don [Carlos María], estaba ya bordeando los setenta años, pero se mantenía firme, derecho como un junco en día de calma. A pesar de sus años, aún sostenía el prestigio de su pluma entre el elemento literario joven y viejo de la ciudad. Su figura, era realmente venerable; del color de la nieve, su lustroso cabello, enjuto el rostro de palidez marfilea, amplía la frente surcada de arruga, salientes los pómulos, grandes los ojos de negrísimas y brillantes pupilas, la nariz aguileña y prolongando la línea oval de su semblante, una gran perilla. Onduladas melenas que en suave se ocultaban al llegar al extremo inferior de sus orejas, formaban el marco de aquel semblante austero y respetable. Don [Carlos María] vestía siempre de negro; levita entallada, pantalón estrecho, largo

³³El uso de los corchetes responde a las mismas razones que en el retrato anterior.

chaleco de piqué, corbata de puntas flotantes sobre blanca camisa de hilo, y rematando la severa figura, zapato de charol aprisionando calcetines de seda. Tenía la costumbre, ya vieja en él, de ir siempre descubierto; el sombrero pendía a lo largo de su estirado cuerpo, sugeto por su mano izquierda, en tanto que la derecha se apoyaba en la bola de plata, puño de un magnífico bastón de palosanto con larga contera de Marfil. Tal era en conjunto, físicamente nuestro buen don [Carlos María]. Los jóvenes intelectuales, le llamaban «el último romántico», sin pensar que también lo eran ellos como demostraban sus producciones. [...] Aquel rostro se animaba adquiriendo una expresión de íntimo gozo cuando se hablaba de sus poetas predilectos.³⁴

Hacia 1891 compuso el drama teológico *Los Macabeos*, cuya música, para ser convertido en ópera, comenzó a esbozar el maestro Pedro Jiménez Puertas. Sin embargo, no llegó a estrenarse ni tampoco a publicarse. Nuevamente, el 25 de junio de 1892, se mantuvo en su cargo en el Colegio de Abogados, siendo ahora elegido su sobrino, Carlos Barberán Cayuela, como diputado segundo. En este decanato el Colegio intervino en el *Proyecto de Ley sobre la reforma de los tribunales* por el que se crearon los Tribunales de Partido, pese a la oposición de la capital provincial. Como consecuencia, en la Junta General Extraordinaria de 7 de mayo de 1893 y en la Junta General Ordinaria del día 15, así como en la Junta de Gobierno de ese día, se acordó mandar el siguiente telegrama al ministro de gracia y justicia:

Madrid. Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia. —Lorca 7 de mayo de 1893. —Este Colegio de Abogados en Junta Extraordinaria ha acordado que en su representación el Decano que suscribe se dirija telegráficamente a V. E. como tengo el honor de verificarlo, felicitando a V. E. por su trascendental pensamiento de crear Tribunales de Partido que facilitarán la administración de Justicia, evitarán perjuicios a testigos y jurados y protegerán intereses en clases y pueblos que hoy están notablemente perjudicados. B.L.M. de V. E. —Carlos María Barberán.³⁵

A lo que el ministro contestó:

Sr. Decano Colegio Abogados. Lorca. —Madrid 10 a las 6'10 Ministro Gracia Justicia.—Agradezco mucho su telegrama y me felicito de que merezca la aprobación de ese Colegio el proyecto de reforma de Tribunales de Justicia.³⁶

³⁴LÓPEZ BARNÉS, Juan (h. 1890): *op. cit.*; págs. 56-58.

³⁵*Ibidem*, pág. 40.

³⁶*Idem*.

El 26 de junio de 1894 se volvió a reelegir la misma Junta de Gobierno que se mantenía desde junio de 1892. En 1895 se vio obligado a abandonar su decanato por trasladar temporalmente su residencia a Murcia. Ese año, por otro lado, publicó su última obra poética *El Primero y Último hombre*.

2.5. Vejez, muerte y homenaje póstumo del Ateneo Lorquino (1896-1902)

Sus años crepusculares coincidieron con uno de los momentos más trascendentales y complejos de nuestra historia. En 1898 se recrudeció la campaña contra las quintas, como consecuencia de la Guerra de Cuba iniciada en 1895. Así pues, el conocido como Desastre del 98 obligó a un replanteamiento regeneracionista que coincidió en Lorca con la vuelta al poder, en 1899, del Partido Conservador liderado por Simón Mellado Benítez, dirigente, junto con José Parra y Fernández Osorio, de Unión Conservadora. No obstante, la alternancia pactada llevó al poder a los liberales en 1901, siendo de nuevo alcalde Eulogio Periago. En mayo de 1902 cesó la Regencia de María Cristina y quedó proclamado Alfonso XIII. Paralelamente a esta crisis nacional, Carlos María vivía la suya personal pues en sus últimos años de existencia habían fallecido progresivamente su mujer y sus hijos a excepción de Ramona, Vicente y Ramón. El octogenario quedó al amparo de su hijo Vicente, quien también era viudo, en el núm. 1 de la calle Marsilla.³⁷ Finalmente, el 18 de junio de 1902, Carlos María Barberán y Plá falleció a causa de tifus siendo enterrado en el cementerio de San Clemente.³⁸ Su funeral y lápida fueron costeados por el Colegio de Abogados. Como colofón a su recuerdo, el Ateneo le dedicó, la noche del 18 de julio, una velada poético-musical.

3. PRODUCCIÓN PERIODÍSTICA Y LITERARIA

3.1. Aproximación a su estética prosaica (1844-1891)

Sus primeros pasos públicos como escritor los dio con veintiún años, a través de la prensa, en el periódico *La Luz del Alba* del que fue uno de sus fundadores, junto a Augusto y Eulogio Saavedra. Los cuatro números de este semanario constituyen una parte de los inicios periodísticos en Lorca. Anteriormente

³⁷AML – Padrón Municipal de 1899. Parroquia de Santiago, fol. s.n.

³⁸RCL – Partida de defunción de Carlos María Barberán y Plá. Tomo 190, fol. 124, sección 3ª.

a esta cabecera se encuentran el *Semanario Político*, punto de partida del periodismo local, aparecido entre mayo y junio de 1820 y *La Revista Minera*, fundada por Manuel Cantillo, quien llegó a Lorca en 1840 como empleado de la inspección de minas.³⁹ En cuanto al diario que me ocupa, Carlos María Barberán escribió dos artículos de opinión (además de un poema): *Cultivo del entendimiento* y *Rápidas ojeadas sobre Lorca*. Ambos, pese a estar firmados, pueden considerarse editoriales. Seguidamente, se aprecia un fragmento del segundo como ejemplo de su prosa periodística, caracterizado por ser un texto de juventud redactado, entre otros motivos, a modo de reivindicación sobre el problema del agua en la agricultura lorquina:

Lorca en la actualidad es una de las primeras Ciudades del Reino de Murcia, por su numerosa población, sus trabajadas campiñas, sus artefactos, su comercio y su cultura. Desgraciada empero esta bella Ciudad por la escasez de las aguas de regadío, ofrece un espectáculo en cuanto á su riqueza, que debiera llamar la atención de los Gobiernos, para hacerlo más alhagüeno. El empezado canal de Huescar para traer los ríos de Guardahal y Castril a estos campos, hubiese sido el agente más poderoso para el engrandecimiento de toda la comarca, y esencialmente de este pueblo cuyos campos extensos no necesitan sino el socorro del agua para prodigar tan abundantes frutos que puede asegurarse, habría con ellos para surtir a dos o tres provincias. [...]⁴⁰

Diecinueve años después, entre 1861 y 1862, colaboró, al lado de Francisco Cánovas y Cobeño, los hermanos Julio y Braulio Mellado y nuevamente Eulogio Saavedra en *El Lorquino* donde, además de dos cuentos y nueve poemas, publicó veintiún artículos, entre ellos: *Reforma de la cárcel*, *Telégrafos* y *Ferrocarril de Albacete a Cartagena*, los cuales siguen siendo opiniones acerca de Lorca. En el caso de los dos últimos sobre cómo afecta el progreso a esta población. También se encuentran, entre otros, un artículo que recoge la triste efeméride de la rotura del pantano de Puentes, *El 30 de abril de 1802 en Lorca*, así como otro dividido en tres partes, *El trabajo*, y uno titulado *Lengua universal*. Sin embargo, llaman la atención dos críticas dramáticas, *La carcajada* y *Revista del teatro*. A continuación se muestran unas líneas que reflejan sus opiniones ante la forma de actuar del actor Ceferino Guerra:

³⁹*El Diario de Murcia*, 5 de junio de 1884; pág. 3.

⁴⁰*La Luz del Alba*, 11 de agosto de 1844; pág. 1.

La presencia en nuestro teatro del eminente primer actor D. Ceferino Guerra, nos hace tomar otra vez la pluma con una complacencia extraordinaria [...]. A la hora en que trazamos este débil bosquejo, hemos visto al Sr. Guerra en los dramas *D. Francisco de Quevedo*, *Patriarca del Turia* y *Prohibiciones*. En el primero, supo retratar tan al vivo al celérrimo poeta satírico del siglo diez y siete, [...] En el *Patriarca del Turia*, el difícil papel de Timoneda tuvo un intérprete tan fiel, tan adecuado en el Sr. Guerra, que francamente lo decimos, no se puede pedir más [...]. Pero nuestra pluma quiere decir algo más de lo que ha dicho, al tener que transcribir las impresiones profundas que en nosotros acaba de grabar el eminente actor en el papel de D. Gabriel en el drama *Prohibiciones*. [...] en el drama *Prohibiciones* el Sr. Guerra esmaltó la hermosura de su delicado trabajo con esa flor preciosa, con ese adorno peregrino, y el resultado es más para sentirlo que para que la pluma lo describa. [...] ⁴¹

Finalmente, se hallan otros tantos artículos (algunos sin título), redactados como editoriales, que hablan sobre cuestiones lorquinas: la necesidad de crear una Sociedad Económica, la presa y los sangradores del río Guadalentín, y la finalización de una escultura de la Virgen esculpida por Juan Dimas y policromada por Victoriano Ferrer.

En julio de 1861 publicó en *El Lorquino* su primera narración. Se trata de un cuento, ⁴² *Un martes. Casos imprevistos*, que corresponde a un texto dialógico, en el cual el protagonista, un letrado, narra en estilo directo cómo se va encontrando con una suerte de personajes quienes, pese a indicarles su prisa, le relatan una historia que le retrasa en su propósito, que no es otro que dos entrevistas profesionales finalmente frustradas, lo que le lleva a redactar un proyecto de ley con cinco artículos centrados en la supresión de determinados procesos comunicativos que le son molestos. Aquí se expone una porción de su contenido, que corresponde al planteamiento:

Esto es capaz de reventar al género humano. No salgo más de casa.

—Hombre, ¿qué te ha sucedido?...

—Fuera de aquí; no quiero hablar con nadie en quince siglos ¡vaya una mañana bien aprovechada! Sali de mi casa á las ocho. ¡Ojalá y me hubiera levantado a las doce!

⁴¹ *El Lorquino*, 26 de mayo de 1861; pág. 3.

⁴² En la concepción de su tiempo. Actualmente, según la teoría de los géneros literarios, corresponderían más precisamente a un relato breve. Por esta razón Baquero Goyanes hablaba de la imprecisión de los límites del cuento.

Salgo, y a los veinte pasos me detiene un amigo íntimo (nos conocíamos ya lo menos ocho días) me abraza y dice: no te escapas; ahora te lo cuento todo; esta es buena ocasión.

—Mucha prisa llevo; no puedo estar demasiado tiempo de pie, le dije; si á V. le parece que tiene eso alguna espera...

—Qué es eso de usted, fuera cumplimientos; por lo demás, son cuatro palabras.

—Pues vamos a casa.

—Nada, nada, es el caso... y aquí me cuenta una historia peregrina [...].⁴³

Cuatro meses más tarde apareció en la misma firma su segundo cuento, *La calle de sal si puedes*. Vuelve a ser otro texto dialogado, escrito en estilo directo, ambientado en Madrid y con ausencia de la coordenada temporal. En su trama el narrador cuenta cómo un amigo le propone un negocio y mientras pasea se encuentra el rótulo de una calle que considera providencial con respecto al asunto propuesto. Este es un párrafo del planteamiento:

Yo me encontraba en la coronada villa en el año... y cierto amigo del alma me halagó para un negocio que a entrambos decía que nos interesaba. Yo le serví en lo que pude; comprendí luego que a mi amigo era a quien el asunto le interesaba mucho; el sacó el provecho, a mi me puso en un compromiso, y pensando yo en esto, y doliéndome de que tales cosas sucedieran buscando remedio para salir de mi conflicto, me echo á la vista un día el rótulo de una calle que decía «Sal, si puedes» [...].⁴⁴

En el Ateneo Lorquino, en 1873, publicó su tercer y último cuento,⁴⁵ *Eudoro*. En esta ocasión narró en estilo indirecto un argumento estructurado en cinco partes con cierto tono misterioso sobre cómo un caudillo de nombre mitológico,⁴⁶ tras vencer a sus enemigos y ser laureado por su pueblo, es salvado de un atentado por una misteriosa mujer que le descubre, cerca del desenlace, quién es su madre, acabando por casarse con su misteriosa protectora. Seguidamente se muestra un fragmento del nudo argumental:

⁴³ *El Lorquino*, 21 de julio de 1861; págs. 3-4.

⁴⁴ *El Lorquino*, 23 de noviembre de 1861; pág. 1.

⁴⁵ Aplíquese el mismo comentario que en el pie de página 42

⁴⁶ Eudoro: personaje de la Iliada de Homero, hijo de Hermes y Polimela quien fue el segundo de los cinco jefes del ejército de Aquiles en la guerra de Troya.

Las lujosas copas de oro se chocan para brindar, y son apuradas á la salud de Eudoro. Este toma la suya, y al acercarla á sus labios «detente, caudillo de Venecia, dice apresuradamente una hermosa mujer del pueblo, que acababa de entrar veloz como el rayo; detente y deteneos todos: no gustéis el licor; no queráis vuestra muerte; el veneno, el veneno ha sido derramado copiosamente para mataros». A estas palabras, se levantan los convidados, trémulos ya, y gritan «¡cierto, cierto, estamos envenenados; traición!»

Eudoro llama aparte á la hermosa mujer, y esta le revela cómo había descubierto la infame conspiración, y a los autores del crimen. ¿Quién eres tú, pregunta Eudoro, bellísima mujer? ¿A qué debemos tu afán, tu valor en favor nuestro, tu grande bondad? [...]⁴⁷

A partir de 1874 su prosa se centró en el ensayo. En ese año y el siguiente aparecieron en *El Ateneo Lorquino* dos ensayos en prensa. El primero, dividido en seis ejemplares,⁴⁸ *El Racionalismo, la recta razón y la fe cristiana*, en el que recogió el diálogo entre dos intervinientes, uno francés, portavoz del racionalismo ilustrado, y otro español, representante de la fe católica. Sus diatribas constituyen un combate dialéctico entre el conservadurismo y el progreso como respectivas señas de identidad nacional de ambos interlocutores:

ESPAÑOL. ¿Conque los españoles estamos todavía muy atrasados?

FRANCÉS. Si señor, mucho; se lo digo yo á V. y debe V. creerme. Vdes. adelantando algo; pero aún se encuentran Vdes. á la mitad del camino.

E. Pues le dijo á V. que no lo entiendo, toda vez que lo que V. desea es, que progresems en el camino del mal.

F. ¡Qué tontería! Pensando así, no pueden Vdes, fraternizar con nadie. Nosotros los franceses fraternizamos con el mundo.

E. Menos con los prusianos y con los ingleses, y con los austriacos y con los italianos, y con...

F. ¡Hombre, hombre! ¿Dónde va V. á parar? Fíjese V. bien. Nosotros hemos sido los que rompiendo las cadenas que esclavizan á la razón humana, la hemos dado su necesaria libertad [...]⁴⁹

En cuanto al segundo, *Providencia de Dios en el régimen y gobierno del universo*, se recoge en tres ejemplares.⁵⁰ Su contenido, de tipo teológico, habla del orden establecido por el Creador en todas las cuestiones que rigen a lo creado por tratarse del producto de su obra, como se puede apreciar en estas líneas:

⁴⁷ *El Ateneo Lorquino*, noviembre de 1873; págs. 155-158.

⁴⁸ *El Ateneo Lorquino*, del 23 de enero al 8 de abril de 1874.

⁴⁹ *El Ateneo Lorquino*, 8 de febrero de 1874; págs. 42-55.

⁵⁰ *El Ateneo Lorquino*, del 8 de febrero al 8 de marzo de 1875.

[...] No es posible negar, que á la naturaleza le fueron prescritas leyes a que obedece; que se le dieron líneas trazadas para el curso de sus astros; que se le creó el fecundo depósito de los aromas, y de sus formas, y de los colores, y de todo cuanto contribuye a la propagación, embellecimiento, y demás cualidades de los seres que esa naturaleza encierra [...].⁵¹

Su culminación ensayística llegó al acabar de escribir, en mayo de 1886, *Las procesiones de Semana Santa en Lorca, bajo el punto de vista religioso, artístico y social* que se publicó en 1888 por la imprenta de *El Noticiero de Lorca*. Sus treinta páginas lo configuran como un opúsculo, el primero sobre esta festividad, cuyo contenido se estructura de la siguiente manera: una advertencia del editor, donde el escritor José Ruiz Noriega alabó al autor:

El discreto autor del presente opúsculo, cuyas bien escritas páginas tenemos el gusto de ofrecer hoy al público, hizo tan curioso trabajo [...]. Así las cosas, y cuando las luminosas cuartillas del señor Barberán dormían tranquilamente el sueño del olvido, vino el acuerdo unánime y entusiasta de que este año se verifiquen con mayor esplendor y lucimiento que nunca las renombradas procesiones de Semana Santa, y entonces, las personas que tenían conocimiento del trabajo que nos ocupa, amigas del autor del mismo, rogaron á éste reiteradamente lo publicara [...]. No necesitamos decir ni una palabra siquiera acerca de la competencia del señor Barberán para esta clase de trabajos; [...] Reciba el señor Barberán, nuestro antiguo maestro, los más cariñosos plácemes por la discreción y acierto con que ha dado cima á este precioso opúsculo, seguro de que su éxito ha de corresponder generosamente á la sana intención que le ha guiado.⁵²

Le siguen tres partes; la primera, centrada en la espiritualidad religiosa de la festividad, resalta sus valores didáctico-morales de adoctrinamiento hacia el pueblo a través de pasajes bíblicos y de las interpretaciones teológicas de los personajes de la Biblia:

En el apostolado ve el pueblo a aquellos humildes e ignorantes pescadores, a quienes dijo Cristo que ellos eran sal de la tierra, y que habían de ser pescadores de hombres, y que enseñaran á todas las gentes el evangelio y perdonasen los pecados.

En Nabucodonosor recuerda el pueblo la expiación a que sujetó Dios sus desórdenes, y el fruto de su arrepentimiento.

⁵¹*El Ateneo Lorquino*, 8 de febrero de 1875; págs. 1-5.

⁵²BARBERÁN Y PLÁ, Carlos María (1888): *Las procesiones de Semana Santa en Lorca bajo el punto de vista religioso, artístico y social*. Lorca: Caja de ahorros de Alicante y Murcia (reed. 1988); pág. 1.

En Débora, la protección del Altísimo á los que creen y esperan en Él, siquiera sea una débil mujer la que haya de acometer empresas arraigadas y llenas de mil peligros.

En Faraón se ve la extremada bondad de Dios, que advierte con amorosa repetición al hombre, que el poder humano de nada sirve ante el poder del Eterno; que advierte que la soberbia y la rebeldía contra Dios, son desmanes inútiles para el que los alienta [...].⁵³

La segunda, se explaya en la visión artística de los grupos que componen los desfiles, mediante el rico patrimonio de los trajes y los mantos, por sus elaborados bordados y sus elegantes temáticas. Al mismo tiempo, recoge un interesante testimonio sobre el orden procesional:

Abre la marcha de estas procesiones una sección elegantísima de caballería del paso Blanco; y detrás de la presidencia final, esto es, la de la autoridad civil, va otra sección muy vistosa, también de caballería, del paso Azul; una y otra son principio y término brillantes, que responden perfectamente al gran conjunto que, entre el uno y el otro, tan esplendorosamente se encierra [...]. Y van las procesiones del Viernes Santo colocado por el orden siguiente: Primero: el Paso Morado, que puede tenerse como representativo de la penitencia que Jesucristo hizo para ofrecerse en medio del dolor á su Eterno Padre, y enseñarnos a sufrir por Él, [...] Sigue el Paso Encarnado, que es emblema de la Sangre del Redentor, derramada para la salud de todos, [...] Después va el Azul, trasunto del que aparece como primer cielo; [...] Luego el Negro Servita, que viene á presentar el luto y dolor de la Virgen María [...] Inmediatamente el Negro llamado de la Curia, que puede significar la Majestad de la Justicia, que debemos imperar, por la ley de Cristo [...] Y en fin, el blanco, que pudiéramos considerar como simbolo de pureza y hermosura de la Religión Cristiana [...].⁵⁴

Y la tercera, corresponde al punto de vista de la sociedad española ante los festejos religiosos, hablando de otras festividades como el Corpus en Granada y Valencia o los centenarios de Calderón en Madrid y el de Santa Teresa, o bien, del milenario de la Virgen de Monserrat. Concretamente sobre Lorca expuso:

Debe estar interesada en el sostén de sus procesiones de Semana Santa, pues bajo el punto de vista social, le son provechosas, porque la realzan, la dan más potente vida, la ponen en nueva comunicación con muchas poblaciones, algunas de las cuales casi en masa, vienen a visitarla en estos días, para gozar con la belleza de estas fiestas, y con los atractivos de nuestra hermosa ciudad, que por la importancia de muchas de sus calles, por sus plazas y glorietas, por sus magníficos templos, sus

⁵³*Ibidem*, pág. 12.

⁵⁴*Ibidem*, págs. 18-19.

fuentes y grandiosas alamedas, justamente celebradas, su extensísima y pintoresca vega, rival de las de Murcia, Valencia y Granada [...].⁵⁵

Cierra el opúsculo una conclusión en la que el autor alabó a las personas que hacen posible la puesta en escena de las procesiones: bordadoras, costureras, mayordomos, autoridades locales... También reconoce una probable parcialidad hiperbólica acerca de sus opiniones sobre la Semana Santa lorquina, por lo que se justifica con algunos artículos periodísticos, como los aparecidos en *La Época*, que muestran una visión muy positiva de la fiesta desde otras perspectivas no localistas.

Su último trabajo ensayístico apareció en 1891 en una colaboración, a modo de prólogo, en un folleto de carácter biográfico, *Juan de Toledo*. El autor fue su primo, Francisco Cáceres Plá, y su publicación tuvo lugar en Madrid por la imprenta de Evaristo Sánchez.⁵⁶ En los cuatro folios y medio del mencionado prólogo ensalzó la figura del autor hablando de su faceta como escritor, en la cual destacó otro de sus textos acerca de la biografía del mártir lorquino fray Pedro Soler. Cierra este prefacio con un tono de falsa disculpa mediante el tópico *captatio benevolentiae* a través de *excusatio propter infirmitatem*.⁵⁷

3.2. Aproximación a su estética poética (1844-1897)

Pese a su llamativo papel en el ámbito de la prosa, resulta más interesante en el género lírico que cultivó mediante tres vertientes: de manera oral a través de recitales, como los realizados en El Ateneo Lorquino en el que se puede citar, por ejemplo, la lectura de una composición de 1871, *La mala novela, haciendo su confesión ante la tumba de Cervantes*,⁵⁸ de manera escrita, con la publicación de más de un centenar de piezas, repartidas en prensa, revistas, dos poemarios y una antología colectiva, además de algunos manuscritos inéditos como uno dedicado a su sobrina en el día de su comunión; y, por último, supeditándola al drama. En el siguiente análisis se abordan unas muestras que constituyen su mejor contribución a este género.

⁵⁵ *Ibidem*, pág. 27.

⁵⁶ CÁCERES PLÁ, Francisco (1891): *Juan de Toledo*. Madrid: Imp. de Evaristo Sánchez; págs. 3-7.

⁵⁷ Carlos María Barberán finaliza proyectando una pseudoinsatisfacción por parte de Cáceres Plá como justificación de no haber estado a la altura de su cometido de prologuista para una obra de tal categoría. Todo ello con la intención de ganarse su gratitud.

⁵⁸ *El Ateneo Lorquino*, 1 de noviembre de 1871; pág. 33.

Su primera publicación poética se encuentra en el mismo ejemplar de *La Luz del Alba* en que apareció su primer artículo. Su título es *El asesino*, que compuso en doce octavillas u octavas italianas, aunque recurrió al heptasílabo y no al octosílabo canónico, siguiendo el patrón de Espronceda en la *Canción del pirata* (1835), ya que, pese a ser un metro de origen neoclásico, se utilizó mucho por los poetas románticos españoles. El tema de esta pieza es el miedo como fruto del sentimiento de culpa ante un acto criminal, lo que queda reflejado en su estrofa final, donde sus dos últimos versos encierran la sentencia bíblica del castigo impuesto, por una justicia humana, ante actos homicidas de ese tipo:

[...] Y siempre allá en su mente
de tal tormento llena,
para aumentar su pena,
gritándole estará,
 la fúnebre sentencia
que todo fiel acata;
«que el que con hierro mata,
con hierro morirá».⁵⁹

Su cuarto poema publicado, *A una rosa*, apareció en 1862 en *El Lorquino*. En esta ocasión está integrado por diecisiete coplas de pie quebrado que por su temática -la brevedad del paso del tiempo- encajan perfectamente en este metro al estar inspirado por la obra de Jorge Manrique, *Coplas a la muerte de su padre* (1476). A lo largo de su contenido, centrado en el tópico *tempus fugit*, fundido con *carpe diem*, se aprecia una paradoja entre la juventud y la vejez que viene presentada mediante anáforas, las cuales, junto a una extensa segmentación, marcan un ritmo de lectura lento y pausado dando un tono reflexivo al poema que culmina con la idea de la muerte. He aquí una muestra de dos de sus estrofas:

[...] Hoy te acaricia el murmullo
del blando arroyo que suena,
 espumando;
o de la brisa el arrullo,
que cual delicado avena
 va cantando;

⁵⁹*La Luz del Alba*, 11 de agosto de 1844; pág. 13.

Y mañana insano viento
te lastimará el matiz
rubicundo;
y doblará en el momento
esa tu erguida cerviz
al profundo. [...] ⁶⁰

El 31 de marzo de ese año se produjo en Lorca un gran acontecimiento: la inauguración de un teatro, que venía siendo reivindicado por la burguesía desde algunas décadas atrás. En 1891, se le denominó Teatro Guerra, en recuerdo del eminente actor Ceferino Guerra.⁶¹ Para el estreno de dicho coliseo, Carlos María, al igual que el poeta Ramón Guerrero de Luna, tuvo a bien componer un suelto poético en forma de una silva de sesenta y siete versos, con una dedicatoria «A los autores dramáticos españoles que han procurado, que el Teatro ejerza benéfica influencia en las costumbres». Este es su inicio:

Venid ¡Oh Genios del Teatro hispano!
Yo os saludo, os acato y os admiro.
Yo vuestra frente miro
con laurel inmortal enriquecida.
Si la Parca terrible su guadaña
clavó en alguno de vosotros fiera,
pues llegado el momento á nadie espera:
a pesar de su saña,
al tomar vuestra vida,
vuestra corona arrebatat no pudo,
que al sumergirse el cuerpo entre la nada,
quedó flotando, cual padrón de gloria. [...]

En 1864 acabó de componer su primer poemario *Cuadros de Caridad*. No llegó a publicarlo, salvo un par de piezas, *La esclavitud* y *La hermana de la caridad*, que aparecieron en la madrileña *Revista contemporánea*⁶² con algunas variaciones respecto al original⁶³ que realizó en febrero de 1889. Con relación al manus-

⁶⁰*El Lorquino*, 23 de febrero de 1862; pág. 1.

⁶¹*La Paz de Murcia*, 11 de diciembre de 1891; pág. 2.

⁶²*La esclavitud* en *Revista contemporánea*, 30 de agosto de 1889; págs. 437-440. Y *La hermana de la caridad* en *Revista contemporánea*, 15 de septiembre de 1889; págs. 504-506.

⁶³*La esclavitud* cuenta con leves modificaciones en la segmentación y la suprasegmentación (concretamente en su entonación, donde suprime una exclamación), realizando también una variación en el verso segundo de la estrofa sexta, cuando sustituye: *Yo mando en tí, miserable*,

critico advierto que cuenta con una división en dos partes. La primera, de estructura tripartita, arranca prosaicamente con una dedicatoria que dirige a un amigo (probablemente Eulogio Saavedra) a quien le reveló la intencionalidad de su obra: crear en los lectores la necesidad de practicar la caridad. Le sigue una introducción, también en prosa, donde justifica no conocer un libro similar por lo que vuelve a explicar su pretensión didáctica a la vez que desvela el porqué de su título: «he querido pintar en mis cuadros la limosna material y la espiritual; y en ellas, la que el rico debe dar al pobre, y la que el pobre puede dar a su vez al rico». Concluye la segunda sección confesando que le ha supuesto un gran esfuerzo su confección y, justo al final, considera su trabajo insignificante, recurriendo al tópico *captatio benevolentiae*, mediante *excusatio propter infirmitatem*.⁶⁵ Cierra este preámbulo una invocación compuesta en verso, mediante siete octavas reales, recurriendo a esta fórmula (siguiendo el patrón de Alonso de Ercilla) por el tratamiento que realizó sobre la caridad, como si de un héroe épico que vence a todo mal se tratase. Así mismo, cada una de estas octavas se centra en una cuestión: una invocación a Dios y a la caridad, la continuidad de su falsa modestia ante el atrevimiento de su creación, el rechazo contra el egoísmo y la súplica de la venida de la caridad, una definición de la mencionada virtud, la necesidad de la desaparición de una serie de males, la exaltación de este acto de generosidad mediante atributos hiperbólicos y un cierre en tono exclamativo con alabanzas hacia la caridad que interpreta como su musa. La segunda parte, por el contrario, compone el corpus de la obra, es decir, las cuarenta leyendas en verso que recogió y que compuso principalmente en romances de diferente extensión, mientras que otras están redactadas con partes dialogadas. Varias de estas leyendas se plantean a modo de fábulas cuyas moralejas, a imitación de los clásicos y de los ilustrados Samaniego e Iriarte (pero protagonizadas siempre por personajes humanos), encierran una enseñanza moralizante sobre el ejercicio de la caridad. A continuación está transcrito *El lujo*, que advierte moralmente

por: *soy más que tú, miserable*; (del original). En cuanto a *La hermana de la caridad*, se aprecian escasos cambios en la segmentación; sin embargo, destaca la supresión, en la edición publicada, de la estrofa décima.

⁶⁴BARBERÁN Y PLÁ, Carlos María (1864): *Cuadros de Caridad*, Lorca: manuscrito inédito; fol. 7.

⁶⁵Como hizo en el prólogo del folleto sobre Juan de Toledo.

contra excesos frente a los beneficios de la moderación y el equilibrio:

¡Qué lujo tan excesivo!
¡Qué lujo tan despiadado!
¡Causa de tantas desdichas,
causa de tantos escándalos,
todos contra el lujo truenan,
y el lujo, con gran descanso,
contesta con vanidades,
contesta con despilfarros
muchos lo anatematizan,
mientras caen en el lazo,
y se fingen ser preciso
el sostener gran boato,
que está, con golpes seguros,
sus fortunas derribando.
Ya somos todos iguales;
esto se dice ¡qué engaño!
La desigualdad es ley
que armoniza á los hermanos.
Todos en la sociedad,
todos, nos necesitamos;
y en esto somos iguales,
siendo consecuencia al cabo,
que con las fuerzas de todos,
sigue el mundo progresando.
Mas cada cual en su puesto,
cada cual en su trabajo;
con dinero el poderoso,
con su inteligencia el sabio,
con sus obras divinales
los artistas inspirados;
con sus esfuerzos fructíferos
el labriego, el artesano.
Todos, en fin, contribuyen
a fecundar el páramo
de la vida, que es bien triste,
y ofrece poco descanso.
Y en su puesto cada cual,
moderar debe sus gastos,

estando lo superfluo,
pues hay un deber sagrado
de ejercer la caridad
a medida que podamos.
La vanidad y la envidia
que son instintos bastardos,
necio origen suelen ser
de gastos inmoderados,
que llevan consigo, á veces,
funestísimos estragos.
La caridad es su antídoto;
ella modestia inspirando,
nos presenta á cada instante
su fecundísimo campo,
en que según nuestras fuerzas,
debemos ser operarios.⁶⁶

Al final del manuscrito se encuentra un prólogo de doce folios firmado por Eulogio Saavedra, con fecha de 19 de abril de 1891. Por esta razón probablemente tuvo pretensión de publicarlo. Su contenido mantiene el mismo tono sacro, hablando de virtudes cristianas presentes en el paganismo y en la filosofía griega, pero remarcando la ausencia de la caridad, al no conocerla esta cultura. Asimismo, realiza un recorrido pasando, entre otros, por Dante y Víctor Hugo, hasta llegar a su amigo Carlos María Barberán, manteniendo en todo momento la coherencia con lo recogido en el manuscrito.

Entre 1874 y 1876 publicó una serie de poemas en la revista de El Ateneo Lorquino, destacando su gusto por el cultivo del soneto como se puede apreciar en *A la vista del mar* (1875):

¡Otra vez te revuelves impaciente!
¡Cuántos misterios en tus ondas leo!
¿Qué es ese afán y eterno clamoreo?
Deten ¡oh mar! tus ímpetus, detente.
Bramas y bramas, con vaiven potente,
pues domeñar la tierra es tu deseo;
mas al instante que se estrella veo
contra la arena tu soberbia frente.

⁶⁶Cuestión que ya abordó en un artículo que publicó en *El Lorquino*, 20 de octubre de 1861; págs. 2-3.

¡Cómo á tí se parece el pensamiento!
Quiere en el orbe señalar su huella;
sosegado una vez, otra violento.
¡Hurra! Gritó, que su poder descuella,
y al querer avanzar con más aliento,
a veces... contra un átomo se estrella.⁶⁷

En su temática se aprecia al mar como una fuerza destructiva de la naturaleza. De hecho, lo que destaca en estos versos es el valor metafórico de dicho elemento como símbolo de rebeldía, adscribiéndose, por tanto, al Romanticismo, tratándose de un símbolo personal cuando, en el primer terceto, realiza un símil del pensamiento con el medio marítimo tratándolo a modo de paradoja, pero interpretando a la razón desde una vertiente cristiana. Otro rasgo destacado es el uso retórico de exclamaciones que, desde un plano suprasegmentario, aumenta la sensación de fuerza en su lectura. En 1896 publicó otra versión con algunas alteraciones en la revista de El Liceo Lorquino, bajo el título *Al mar*.⁶⁸

La desgracia sacudió a la ciudad de Lorca cuando el 14 de octubre de 1879, a causa de unas lluvias torrenciales que provocaron la citada Riada de Santa Teresa, se produjeron abundantes daños materiales al romperse los murallones de defensa del río y penetrar las aguas en el canal de San Diego y barrio de Santa Quiteria. A consecuencia de tal tragedia, veinte escritores, entre ellos Eulogio Saavedra, José Mención Sastre, José María Puche, Braulio Mellado, Mariano López Galindo, Pedro Ruiz Moscardó..., confeccionaron un álbum poético, *El Guadalentín*, impreso por la viuda e hijos de Campoy. Su preámbulo lo integran unas breves palabras preliminares de los autores, agradeciendo la caridad mostrada por los bienhechores de su ciudad, reconociendo que su confección se debía al dolor producido por la catástrofe y al agradecimiento que sentían. Este trabajo lírico se abre con *Elegía*, una extensa silva de ciento setenta y tres versos firmada por Carlos María Barberán. Este es su inicio:

¡Huid, huid! rodando una montaña
de túbias olas súbito se acerca;
bramando descompone sus raudales,
y con tremenda saña,

⁶⁷ *El Ateneo Lorquino*, enero de 1875; pág. 6.

⁶⁸ *El Liceo Lorquino*, 30 de noviembre de 1896; pág. 372.

al árbol secular que empuja y cerca,
lo troncha cual si fuera débil caña.

Bramando llega, y rebramando sigue;
alzase en curvas mil, se extiende luego,
todo lo invade, y todo lo persigue
y mucho mas que el fuego,
ha devorado el edificio fuerte,
y la recia muralla,
y va sembrando muerte,
por donde quiera que su furia estalla.

Ya en el barrio industrial corren las gentes,
buscando asilo, sin saber en donde;
de la muerte el pavor sella sus frentes;
el impensado mar se enseñoera,
y en su ruda pelea,
con su ronco rumor al ¡ay! responde,
y á hombres y niños arrastrando, fiero,
en sus negras espumas esconde.

Extiende una mujer allá sus brazos;
con oprimentes, cenagosos lazos
la corriente la envuelve; cae, levanta,
fuerzas le faltan, y resiste apenas,
y á su rostro, que espanta,
el cabello lo cubre, cual queriendo
impedir que se advierta la agonía
de la infeliz, que en vano allí gemía,
y que a vista de tantos va muriendo. [...]

Para su redacción recurrió a este metro, originario del Siglo de Oro, por su concepción elegíaca, pues constituye un testimonio de lo padecido en Lorca. Es destacable, a lo largo de la composición, un tono de desesperación, agobio y angustia. Todo ello queda patente en este fragmento en el cual se observa, de los versos uno al catorce, cierto paralelismo con el soneto anterior por retomar el símbolo romántico del agua, como fuerza rebelde de la naturaleza frente al hombre, aunque no con el matiz de castigo propio del mito del diluvio bíblico, ya que en este poema los lorquinos son mostrados como víctimas y no como pecadores merecedores de escarmiento. Sin embargo, de los versos quince al treinta y uno se aprecia más un cariz de testimonio, dado por la deixis espacial del barrio de San Cristóbal, así como por lo padecido por sus vecinos, aunque no es posible saber si su conocimiento sobre estos hechos los adquirió directamente,

presenciando lo acontecido, o bien, indirectamente, tomándolos de terceras personas.

Pasaron once años, es decir, hasta 1890, para que volviera a aparecer su siguiente publicación en prensa, en *El Noticiero de Lorca*,⁶⁹ con motivo del día de san Clemente. Se trata de *La conquista de Lorca*,⁷⁰ escrita en 1871, y con la que obtuvo un premio en el certamen literario de la revista valenciana *Ilustración Popular*. Además, el 23 de noviembre de ese mismo año, nuevamente por la festividad del patrón, tuvo lugar un acto de exaltación patriolocalista en El Ateneo Lorquino donde, entre las diferentes actividades llevadas a cabo, leyó esta composición, como recoge el acta de sesión de ese día: «D. Carlos M^a Barberan leyó un Romance titulado *La Conquista de Lorca*, el que fue interrumpido diferentes veces por las muestras de aprobación de los concurrentes y calurosamente aplaudido á su terminación».⁷¹ Con respecto al texto, lo escribió en dieciséis octavillas agudas confeccionadas en una de sus múltiples variantes gestadas en el Romanticismo. Mantiene un tono épico en la recreación de ese episodio que interpreta a través del mito, filtrado por el imaginario colectivo que este movimiento tuvo sobre la «Reconquista», para la construcción de una identidad localista (dentro del tópico romántico de la construcción nacional) por lo que lo enmarcó en la estética del romancero viejo, en su vertiente de romance noticiero de frontera, llegando a recurrir a personajes históricos como Sancho Mazuelo, el capitán Morviedro o el propio infante don Alfonso. Incluso da una visión del moro muy distorsionada de la que fue en realidad, tal y como se aprecia en estas tres estrofas del poema historiado en el que se recoge el clímax de su contenido:

[...] Sancho Mazuelo entonces
persíguelos con saña;
en calles y en reductos
la lucha es general;
—«Santiago»—dice— «a ellos;
¡Santiago, cierra España!»—
y hace pagar al moro

⁶⁹*El Noticiero de Lorca*, 23 de noviembre de 1890; págs. 1-2.

⁷⁰La temática de la «reconquista» de Lorca es una constante romántica en la segunda mitad del siglo XIX. Al margen de las composiciones poéticas, leídas en El Ateneo Lorquino en la festividad de San Clemente de 1871, se estrenaron dramas en verso que recogieron este asunto: *La Conquista de Lorca ó Triunfo de la Virgen de las Huertas* (1849) de Rafael Dacarrete y Ramírez, *Glorias de España ó Conquista de Lorca* (1854) de Enrique Zumel, *Lorca por Castilla* (1888) de José Mención Sastre, *La toma de Lorca* (1890) y *La novia de Serón* (1890) ambas de Juan López Barnés.

⁷¹*El Ateneo Lorquino*, 1 de diciembre de 1871; pág. 38.

su obstinación fatal.

Rompiendo férrea puerta
el Príncipe valiente,
penetra en el castillo
y arbola su pendón:
—«*rendid las armas*» —dice,
y el árabe insolente
no oculta de su rabia
la fiera convulsión. [...]
[...] El capitán Morviedro
acude con presteza,
por el extenso alcázar
sembrando estragos va:
los moros espantados
al ver tanta braveza,
con grito agudo exclaman;
—«*¿en donde estás, Alá*»— [...]

Dos años después publicó una versión alterada en la *Revista contemporánea*.⁷² Pasado un lustro salió a la luz su último poemario (el único publicado), *El primero y último hombre*, en la imprenta de Campoy. Este cuaderno lírico se anunció en *Las Provincias de Levante*, por medio de una crítica firmada por Tolosa Hernández. De ella extraemos algunas líneas:

Es este pequeño poema labor de un ingenio ya maduro; de un poeta lleno de desengaños y amarguras; de un escritor creyente, que se queja de ver los muchos males que reinan en este valle de lágrimas y se alegra con la esperanza de que Dios, siempre compasivo y clemente, otorgará su perdón a los hombres a pesar de los enormes pecados cometidos por todos durante la vida de la Humanidad.⁷³

En el preámbulo se recoge una relación epistolar. La primera misiva, redactada en prosa y con una estrofa, la dirigió a la escritora muleña Eladia Bautista y Patier que la recibió de su amigo común Eulogio Saavedra (quien ayudó a esta señora en sus inicios). En su contenido, apelando a su admiración y amistad, expone que le dedica sus versos y le solicita su opinión, concluyendo con la petición de un prólogo. La segunda carta corresponde a la contestación, también en prosa y con otra estrofa, en la que muestra su halago y su agradecimiento. El cuerpo

⁷²*Revista contemporánea*, 15 de noviembre de 1892; págs. 312-316. Se observan pocas variaciones segmentarias, suprime la estrofa tercera que se aprecia en *El Noticiero de Lorca*, y en la estrofa octava de dicha cabecera modifica el verso seis: *con gritos alarmanes*; por: *con gestos alarmanes*.

⁷³*Las Provincias de Levante*, 1 de junio de 1895; pág. 1.

se estructura en tres cantos: el primero, *En vez de flores, espinas*, lo componen treinta y una quintillas combinando diferentes modalidades canónicas como se aprecia en las cuatro primeras: ababa, abaab, abbab, aabba,... todas ellas agrupadas en cuatro partes cuyo tema se centra en el mito semítico de Adán y Eva ante el castigo por su pecado, que por extensión afecta a toda la humanidad. Las dos primeras estrofas de este canto de contenido religioso y estética tardorromántica son las que siguen:

Adán, ¿dónde estás, en dónde?
Pregunta el Señor ahora;
ven ante tu Dios, responde:
al nacer la nueva aurora,
¿porqué tu rostro se esconde?
¿Qué hiciste de tu inocencia?
Yo que te he formado rey
con toda mi complacencia,
le pregunto a tu conciencia:
¿cómo cumpliste mi ley? [...]

El segundo, *Reato del pecado*, está integrado por treinta y dos décimas o espinelas, siguiendo el modelo establecido por Vicente Espinel en el siglo XVII. Mantiene el tono didáctico-moralista mostrando las consecuencias negativas que tiene el pecado, siendo su único remedio la penitencia como indica la décima de cierre de esta sección:

[...] Padecer, cual penitencia,
que con Dios la reconcilie,
para que siempre la auxilie
con su infinita clemencia.
Así, de grave dolencia
el duro yugo sintiendo,
llegará hasta el fin sufriendo,
llegará hasta el fin llorando;
¡ay! y llegará pecando!
¡Y al pecado maldiciendo!

Su último canto, *Fin de los siglos; conclusión de la humanidad*, contiene veinticuatro octavas reales que tomó de las poéticas de Juan Boscán y Garcilaso de la Vega, así como de la lírica italiana de Boccaccio. Dicha sección la dividió en dos partes adquiriendo un tono épico (de ahí el uso de este metro como hiciese en la invocación de *Cuadros de Caridad*) para mostrar al modo medieval, el tópico *amor bonus*, es

decir, el amor espiritual, así como la visión del *tempus fugit*, recurriendo de nuevo a la figura de los primeros padres. En todo momento se advierte un sentimiento de culpa ante el pecado cuyo refugio es Jesucristo:

[...] ¡Oh! responsable, me pesa haber pecado!
me pesa si dudé de la clemencia
de Jesús, por mi bien crucificado;
de Jesús, que es santísima inocencia;
Jesús, que es Dios, hoy me ha resucitado;
Él ha alejado la fatal demencia
con que empezaba yo á perder la calma;
con que empezó á dudar mi infeliz alma. [...]

Cierra el poemario un epílogo, *¡Qué seguirá!*, elaborado en un romance de veintiocho versos el cual se centra en la exaltación a Dios, que inicia desde el episodio de la muerte de Adán, pasando por el juicio final y recurriendo al tópico *amor postmortem*, aunque interpretado como el amor de Dios.

El final de su producción lírica tuvo lugar entre 1896 y 1897 con la publicación, en la revista de El Liceo Lorquino, de una decena de poemas aproximadamente. Estos constituyeron la madurez de su lenguaje poético. Destacan piezas de diversas temáticas; entre ellas, religiosas (un *leitmotiv* de su poética) o patriolocalistas como *A la muy noble y muy leal Ciudad de Lorca*, compuesto el 20 de diciembre de 1896 y presentado al certamen artístico-literario celebrado por el Ateneo de Lorca el 1 de enero de 1897,⁷⁴ siendo publicado el 31 de ese mes. Se compone de veintinueve serventesios con fidelidad a las fórmulas románticas, pero con innovaciones modernistas por recurrir a versos alejandrinos, divididos por una cesura que da como resultado dos hemistiquios en heptasilabos. Eso contribuye a dar al ritmo una mayor perfección y equilibrio siguiendo, por tanto, la nueva estética inaugurada por Rubén Darío. Asimismo mantiene, como hizo en *La conquista de Lorca*, el tópico romántico *carácter nacional* por enaltecer un sentimiento localista, representado en sus primeras estrofas por una exaltación subjetiva ante una ruina histórica como el castillo de Lorca:

Alcázar majestoso, que elevas tus murallas
sobre el modesto y puro y audaz Guadalentín,

⁷⁴El *Liceo Lorquino*, 31 de enero de 1897; pág. 20.

que luego hincha sus venas, y no respeta vallas,
e inunda esta comarca del uno a otro confín.

Alcázar de torreones famosos en el mundo,
pues conservan la historia de siglo cien y cien;
al verte a ti se inspira, mi cántico jocundo,
y siento entusiasmado mi enardecida sien. [...]

Otro título destacable de su etapa final es el que corresponde a su último poema publicado, *Gloria a Dios*. Una oda que compuso con motivo de la terminación y bendición del tempo lorquino de San Mateo.⁷⁵ Está escrito en una silva libre modernista de ciento diez y nueve versos, volviendo a cultivar las nuevas fórmulas rubenianas, lo que demuestra que este viejo profesor de Retórica y Poética estaba al día de la poesía que se estaba desarrollando en el ámbito hispano, por lo que se actualizaba e incorporaba tales metros en su propia estilística. El tono de esta larga estrofa es religioso y piadoso, mostrando una devoción intimista que recuerda a una oración que ensalza la imagen de Dios. Así es su comienzo:

Señor omnipotente,
aliento y luz y vida de mil
que, en tus arcanos sabios y profundos,
sacaste de la nada,
y gracia les infundes, providente,
con tu constante y eficaz mirada.

Tú, que les das, con infalible ciencia,
a esos mundos, repletos de hermosura,
su marcha siempre igual, siempre segura:

Tú, cuya gloria canta el azul cielo,
do giran tantos astros rutilantes,
con muy veloz, mas sosegado vuelo,
destellando cual nítidos diamantes,
manto que quiere nuestro vivo anhelo
penetrar, traspasando á las regiones
donde te ensalzan miles de legiones
de espíritus, con nuevo antiguo canto,
de místicas, sublimes armonías,
el majestuoso Santo, Santo, Santo,
que entusiasmó a Isaías. [...]

⁷⁵ *El Liceo Lorquino*, 30 de septiembre de 1897; pág. 276.

Es posible que hasta el final de sus días continuase escribiendo versos en la intimidad de su hogar, pero no se conocen cuartillas algunas al respecto.

3.3 Aproximación a su estética dramática (h. 1891)

Su incursión en el tercer género lo realizó mediante la escritura de un manuscrito de setenta y ocho folios, que constituye un drama teológico, el cual quiso adaptar como libreto de ópera. Su título responde a *Los Macabeos*. Esto se debe a que su fuente de inspiración se encuentra en el primero de los dos últimos libros deuterocanónicos de *Los Libros Históricos* del Antiguo Testamento, por lo que el trasfondo de su argumento es la lucha del pueblo macabeo por defender su identidad, cultural y religiosa, frente al Imperio Seléucida, que pretendió que asimilasen la cultura griega con su pagano politeísmo. Este drama teológico, que sigue la tradición de Tirso de Molina y Calderón de la Barca, así como de las comedias bíblicas de Lope de Vega, alberga un mensaje de adoctrinamiento sobre la defensa de la fe. En cuanto a su cronología, su posible fecha de redacción podría ser 1891, por ser el año en que la Archicofradía de la Virgen del Rosario (Paso Blanco) estrenó el grupo procesional del mismo nombre.

Su estructura dramática cuenta con una división en tres actos, siguiendo los parámetros establecidos por Lope de Vega en el *Arte nuevo de hacer comedias...* (1609). El primero, subdividido en once escenas, responde al planteamiento de la trama. Ambientado en el valle de Josafat, a las puertas de Jerusalén, hacia el 160 a. C., cuenta como Antíoco IV Epifanes, emperador seléucida, y Judas Macabeo, caudillo del pueblo de Israel, están a punto de batirse en batalla. En el preámbulo de esta guerra los oficiales asirios Calistenes, sospechoso de traición, y Filarches informan a su soberano de que el adversario se va acercando al campamento y que la macabea pretende verle. Mientras tanto, Judas Macabeo y su oficial Delio reflexionan sobre cuándo iniciarán la guerra. Judas se entrevista con la macabea y ésta con Calistenes después, quien le revela las intenciones amorosas de su monarca. Cuando se reúne con Antíoco le rechaza, por lo que el rey intenta llevársela a su tienda, pero aparece Judas y la esconde en una gruta. El recién llegado se identifica como embajador quien, en nombre de su señor, le comunica que no habrá guerra si respeta la ley de su pueblo. En respuesta insulta al dios de Israel y le amenaza con hacerle prisionero. En ese instante Judas saca a la macabea de su escondite, justo cuando aparecen Calistenes, Filarches y unos guardias, quienes les persiguen. A continuación se muestra el inicio de la

escena I:

Calist. Aún se nota el férvido entusiasmo
que contra vos sintieron esas turbas
¡Oh poderoso rey! ¿Por qué confian
en el favor del Macabeo Judas?
Decid ¡oh rey! qué haré para vengaros,
puesto que sois el sol que nos alumbrá.
Vos llenáis los deseos de este reino;
hablad y vuestras órdenes se cumplan.

Antio. A mi voz esas turbas desaparecen,
yo acabaré de abrir sima profunda
donde el pérfido Judas y los suyos,
aplastados por mí, todos se hundan.
¿Más que Antiocho, quién? Los vendavales
por más que con furor ante mí rujan,
cesarán y la tierra, estremecida
al eco de mi voz, quedará muda.

Calist. Mandad señor que obedeceros quiero.
(Mas no será la Macabea tuya.)

El segundo, con dieciséis escenas, es el nudo del argumento que tiene lugar en un salón del palacio de Antíoco. Tras una discusión con Calistenes, Filarches abre una puerta secreta entrando Judas, haciéndose pasar por un soldado traidor, quien pretende ver a la macabea. Mientras abre su estancia escucha a alguien y su intento de rescatarla se frustra. Entra el emperador seléucida y Filarches le revela que tiene un plan para derrocar al cabecilla judío. Se abre un segundo salón al fondo en el cual espera un banquete. Al cerrarse, Filarches tiene un mal presentimiento y aparece Calistenes, quien presiente que su soberano no se fía de él. Poco después entra Judas y le vuelve a preguntar a Filarches por la macabea, por ser necesaria para su supuesta traición contra su caudillo, pero le responde que no puede llevársela. La agarra y el oficial asirio se interpone en la puerta. Se abre la sala del banquete, al tiempo que Judas escapa, y aparece Antíoco, quien al ver a la macabea sola piensa que está asustada por la tormenta. Le propone nuevamente que sea su reina y persiste en su rechazo, aunque expone a sus convidados que ha aceptado. La agarra fuertemente para llevársela, pero Judas sale y ordena que la suelte; los convidados desenfundan. El caudillo da la voz de alarma; sin embargo, entra Calistenes con soldados y advierte que ha prendido fuego al templo. Antíoco reconoce a Judas y comienza una lucha. Filarches captura a la macabea y la arrastra

hasta su monarca. El combate se para y la mujer pide a su rey que huya, escapando por el salón del banquete. Seguidamente se inserta un fragmento de la escena XVI, que corresponde al final del acto:

Calist. ¡Señor!

Judas y

Macab. ¡Ah!

-Retroceden a sitio opuesto.-

Calist. Yo vi la gente
agolparse a esa escalera;

—Trueno cercano.—

murieron muchos.

Judas. *—a Calisthenes —*

¡Infame!

Antio. Que muera presto.

Macab. Esperad.

¡Oh rey! Mi voz escuchad:

dejad que en su favor clame.

A solas hablaros quiero.

*—Se ven a lo lejos llamas en un edificio por una gran
ventana de último término, o foro del salón del festín.—*

Calist. ¡Ved! El templo yo incendié;
y a sus hijos encerré.

—señalando a la Macabea—

Judas. ¡Temed al Dios verdadero!

Antio. ¡Matadle!

—señalando a Judas —

Y el tercero, con doce escenas, cuenta el desenlace. Se inicia en otro campamento instalado de nuevo en el valle de Josafat. Tras una batalla regresa Antíoco enfermo y manteniendo su desconfianza en Calistenes. Solicita a Filarches que traiga a la macabea y se retira a su tienda a descansar. Al llegar la mujer, Calistenes le propone que escriba una carta a Judas para que se presente y así poder matarlo. Cuando se niega, se marcha, saliendo el emperador quien, desvariando por su enfermedad y somnolencia, ordena que vuelva la macabea. Esta pide clemencia para sus hijos, pese a volver a negarse a sus proposiciones maritales. De repente suenan clarines de guerra. Antíoco insiste y ella se mantiene en su propósito. En respuesta manda traer a sus vástagos, justo cuando un oficial advierte que Judas está cerca. Les atan a los pies de un monte, donde hay una hoguera, mientras llevan al mayor a su presencia pero ante su actitud y la de su madre es conducido junto

a sus hermanos. Los clarines claman más próximos. El emperador les pregunta si acatarán su ley y se niegan, por lo que son arrojados al fuego ordenando que la madre siga su misma suerte. Un oficial informa que Judas y su ejército están en el campamento. La noticia provoca una fuerte impresión en Antíoco quien se niega a huir. Finalmente, muere ante los macabeos reconociendo el poder de su Dios. Delio confiesa que Calistenes, incendiario del templo, también ha fallecido. Un ángel diviniza la escena final, cuando dan gracias a Dios por su triunfo y glorifican el martirio de la macabea y sus hijos. Así concluye la escena XII:

Pueblo. ¡Gloria al gran libertador!

Soldados. ¡Gloria a Judas Macabeo!

Judas. Cumplióse nuestro deseo,
mas la gloria es del Señor.
En Jerusalem entramos,
haya fiesta de ocho días;
con piadosas alegrías
el templo purifiquemos.
Y aprenda en esta ocasión
el rey que nos mande ahora,
que aquel que a Dios deshonra
sólo hallará perdición.
Obremos siempre en justicia,
en Dios nuestros ojos fijos.

—Se oye música como de arpas en los aires. Ocho nubecitas blancas se elevan desde el sitio de la hoguera y pasan por encima de Judas, cruzando hacia la izquierda, por donde desaparecen lentamente.—

Judas. ¡Oh! ¡La madre con sus hijos
entre celeste milicia!

—Resplandor especial rodea a un ángel que baja y queda sobre la colina. Va vestido de blanco y lleva armas de oro. Con la mano izquierda pone sobre la cabeza de Judas una corona de laurel y oro, y con la otra señala al cielo. Judas, pueblo y soldados hincan una rodilla en tierra.—

Judas. ¡Oh Dios, en tu ley milito!

Pueblo. ¡Bendito el libertador!

Judas. ¡Que sea bendito el Señor!

Pueblo y
soldados. ¡Que sea bendito, bendito!

Cierra el drama un himno, redactado en forma de epílogo, ensalzando a Dios como propiciador de la victoria del ejército israelita frente al paganismo y que cantan en su entrada a Jerusalén:

Corona de victoria
pongamos en su sien;
de nuestro Dios la gloria
verá Jerusalem.

Jehová con fuerte mano
la victoria nos da;
vencimos al tirano,
cantemos a Jehová.

Los personajes que pueblan esta obra se distribuyen en dos grupos; por un lado, individuales: Antíoco, Calistenes, Filarches, Judas Macabeo, Delio, la macabea, un Jefe y el hijo mayor de la macabea; por otro lado, colectivos: un grupo de judíos, guardias seléucidas, convidados, miembros del pueblo macabeo, soldados, funcionarios asirios y convidados al banquete. Todos ellos cuentan con una carga simbólica, pues los integrantes del bando macabeo representan la defensa del monoteísmo, mientras que los del grupo seléucida al politeísmo pagano. Por lo tanto, este drama alberga una dualidad teológica entre la verdad, desde la propia fe del autor, y la idolatría, que interpreta como una mentira.

Los diálogos de los personajes están contruidos poliméricamente, es decir, con una amplia variedad de metros, entre los que predominan dos, la redondilla y el romance, que se agrupan de manera consecutiva entre las escenas de cada acto. Al mismo tiempo, se insertan en ambos metros otros que responden a necesidades dialógicas; así pues, se encuentra el romance heroico en la escena I del acto I, lo que da mayor fuerza expresiva al planteamiento; en la escena V del mismo acto incorpora una silva, que constituye una oración de Judas Macabeo; en el acto IX destaca un breve monólogo de la macabea a modo de recapitación, redactado en una décima o espinela (siguiendo el parámetro del drama lopesco). En el acto II interrumpe los dos metros predominantes para construir la escena VI mediante una sucesión de cuatro décimas, con el fin de recoger un monólogo de Antíoco en forma de reflexión el cual contiene una queja. En cambio, en el acto III vuelve a alterar dicha combinación métrica para incorporar el cuarteto en toda la escena VIII, incrementando su intensidad. En cuanto al himno que clausura el texto, está confeccionado mediante dos cuartetos. Por otro lado, las incorporaciones de arte mayor, en el

predominio del arte menor, no influyen a la hora de componer la sección instrumental, ya que el discurso musical se puede ampliar para adaptarse a los enunciados literarios de mayor extensión. Sobre esta cuestión, el responsable de agregar la música a este drama, para hacer de él una ópera, fue el maestro Pedro Jiménez Puertas⁷⁶ a quien el autor entregó el texto⁷⁷ donde se aprecian anotaciones que el maestro fue incorporando para su futura adaptación a la partitura, como se observa en la oración de la escena V del acto I que, compuesta en forma de silva, el maestro concibe musicalmente como un aria; al igual que la espinela de la escena IX, que anota como un semirrecitado. Sin embargo, no finalizó el trabajo, quedando el texto inédito y sin llegar a estrenarse.

CONCLUSIONES

Si algo destaca de la personalidad de Carlos María Barberán y Plá es, sin duda alguna, su amplia formación histórica, filosófica, teológica y literaria; así como su ferviente religiosidad y su polifacética pluma. Todo ello hace de él un verdadero humanista cristiano, cuyas competencias intelectuales complementó con el ejercicio de sus actividades profesionales (abogado y profesor de Retórica y Poética de Segunda Enseñanza), el desempeño de sus cargos públicos (regidor síndico municipal y vocal de la Junta de Instrucción Primaria) y sus múltiples puestos de responsabilidad en el Ilustre Colegio de Abogados de Lorca. Asimismo, su papel como literato queda patente en el amplio desarrollo que ejerció dentro de los tres géneros: en el ámbito prosaico se mantuvo fiel al canon estético de su tiempo, tanto en sus textos narrativos como en sus ensayos, en los que defendió su perspectiva sobre la realidad económica y social utilizando como medio de difusión la prensa. Fue uno de los precursores del periodismo lorquino con sus firmas en *La Luz del Alba* y *El Lorquino*. En el ámbito de la lírica, cuenta con una prolífica producción que muestra, al margen de un buen oído y sentido del ritmo, un gran conocimiento de las formas métricas, tópicos literarios y recursos retóricos, con los que recreó toda una serie de imágenes líricas de tradición romántica con un elevado subjetivismo y sentimentalismo, de las que se sirvió para

⁷⁶Para saber más sobre este músico, *vid.*: MANZANERA LÓPEZ, Antonio (2012): «Pedro José Jiménez Puertas (1862-1946). Pianista, violinista, organista, compositor y director. Una vida dedicada a la Música», *Clavis*, núm. 7. Ayuntamiento de Lorca; págs. 47-72.

⁷⁷Jiménez Puertas, ya anciano, entrega el manuscrito a Joaquín Espín Rael en 1941. En 1951 el cronista cronista se lo regaló, junto a *Cuadros de Caridad*, al biznieto del autor, el pintor Manuel Muñoz Barberán.

exaltar su fe. Además, su poesía evolucionó hacia el modernismo, siendo uno de los primeros lorquino en desarrollar esta escuela de renovación poética. Y, por último, es notable por supuesto su aportación en el ámbito del teatro, pese a lo frustrado de su proyecto, pues compuso un argumento cohesionado y coherente, supeditando una estética polimétrica en los diálogos de los que se volvió a servir para defender, e incluso propagar, su ideario religioso. Por todas estas virtudes y grandezas, sirva esta edición como recuerdo y homenaje a una de las grandes figuras de nuestra literatura decimonónica.

FUENTES CONSULTADAS

Bibliografía

BARBERÁN Y PLÁ, Carlos María (1864): *Cuadros de Caridad*. Lorca: manuscrito inédito.

_____. (h. 1891): *Los Macabeos*. Lorca: manuscrito inédito.

_____. (1895): *El primero y último hombre*. Lorca: Imp. de Campoy.

_____. (1888): *Las procesiones de Semana Santa en Lorca, bajo el punto de vista religioso, artístico y social*. Lorca: Caja de Ahorros de Alicante y Murcia (reed. 1988).

CÁCERES PLÁ, Francisco (1891): *Juan de Toledo*. Madrid: Imp. de Evaristo Sánchez.

CAMPOY GARCÍA, José María (1966): *Alcaldes de Lorca desde las Cortes de Cádiz*. Murcia: Gráficas Belkrom.

CAMPOY GARCÍA, José María (1974): *Historia del Ilustre Colegio de Abogados de Lorca y su transcendencia en la vida local (1874-1974)*. Ilustre Colegio de Abogados de Lorca.

DÍEZ DE REVENGA, Francisco Javier y PACO, Mariano de (1989): *Historia de la literatura murciana*. UMU y Editora Regional de Murcia.

EL GUADALENTÍN. Lorca, 1879. Imp. de la viuda e hijos de Campoy.

LÓPEZ BARNÉS, Juan (h. 1890): *Apuntes biográficos*. Lorca: mecanografiado inédito.

_____. (h. 1937): *Renunciación*. Lorca: mecanografiado inédito.

MANZANERA LÓPEZ, Antonio (2012): «Pedro José Jiménez Puertas (1862-1946). Pianista, violinista, organista, compositor y director. Una vida dedicada a la música», *Clavis*, núm. 7. Ayuntamiento de Lorca.

MUNUERA RICO, Domingo (2005): «La reinstauración de los pasos de nazarenos y el cambio de “modelo” en las procesiones», *Perspectivas de la Semana Santa de Lorca*. Editora Regional de Murcia y Ayuntamiento de Lorca.

MUÑOZ CLARES, Manuel (1992): «Barberán y Plá, Carlos María», *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, tomo II, Murcia: Ayalga Ediciones.

_____. (1992): «Barberán Rodrigo, familia», *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, tomo II, Murcia: Ayalga Ediciones.

VV.AA.: (1999): *Lorca Histórica. Historia, arte y literatura*. Ayuntamiento de Lorca.

VV.AA.: (2011): *Teatro Guerra. Aportaciones a la historia de la escena lorquina*. Ayuntamiento de Lorca.

Documentos de archivo

ARCHIVO DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS DE LORCA:

- Listado de colegiados del Ilustre Colegio de Abogados de Lorca (1874-2009).

ARCHIVO GENERAL DE LA REGIÓN DE MURCIA (AGRM):

- Expediente personal de Carlos María Barberán.

ARCHIVO MUNICIPAL DE LORCA (AML):

- Acta Capitular del 1856.
- Acta Capitular del 1857.
- Nombramiento de vocal de la Junta Local de Instrucción Primaria.
- Padrón Municipal de 1824. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1836. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1847. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1854. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1859. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1863. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1889. Parroquia de Santiago.
- Padrón Municipal de 1899. Parroquia de Santiago.

ARCHIVO PARROQUIAL DE SAN MATEO DE LORCA (APSM):

- Libro núm. 9 de matrimonios de la parroquia de San Mateo de Lorca (1848-1851).

REGISTRO CIVIL DE LORCA (RCL)

- Partida de defunción de Carlos María Barberán y Plá. Tomo 190, fol. 124, sección 3ª.

Hemerografía

Ateneo Lorquino, El, noviembre de 1871.

Ateneo Lorquino, El, diciembre de 1871.
Ateneo Lorquino, El, noviembre de 1873.
Ateneo Lorquino, El, febrero de 1874.
Ateneo Lorquino, El, marzo de 1874.
Ateneo Lorquino, El, abril de 1874.
Ateneo Lorquino, El, enero de 1875.
Ateneo Lorquino, El, febrero de 1875.
Ateneo Lorquino, El, marzo de 1875.
Diario de Murcia, El, 5 de junio de 1884.
Liceo Lorquino, El, 30 de noviembre de 1896.
Liceo Lorquino, El, 31 de enero de 1897.
Liceo Lorquino, El, 30 de septiembre de 1897.
Liceo Lorquino, El, 15 de abril de 1898.
Lorquino, El, 26 de mayo de 1861.
Lorquino, El, 21 de julio de 1861.
Lorquino, El, 20 de octubre de 1861.
Lorquino, El, 31 de noviembre de 1861.
Lorquino, El, 23 de febrero de 1862.
Luz del Alba, La, 11 de agosto de 1844.
Noticiero de Lorca, El, 23 de noviembre de 1890.
Paz de Murcia, La, 11 de diciembre de 1891.
Provincias de Levante, Las, 1 de junio de 1895.
Relámpago, El, 2 de marzo de 1881.
Revista contemporánea, 30 de agosto de 1889.
Revista contemporánea, 15 de septiembre de 1889.
Revista contemporánea, 15 de noviembre de 1892.
Verdad, La, 24 de abril de 1977.

Fotografía

- Fondo fotográfico de José Rodrigo Navarro-Casete (Archivo Municipal de Lorca).

LOS MACABEOS

DRAMA

Carlos María Barberán y Plá

ACTO 1º

Valle de Josafat con varios sepulcros. En lontananza, hacia la derecha, se ve parte de la Ciudad de Jerusalem, sus murallas avanzan al medio del terreno que al espectador se ofrece.

Es al oscurecer.

ESCENA 1ª

Antiocho y Calisthenes

- Calist. Aún se nota el férvido entusiasmo que contra vos sintieron esas turbas
¡Oh poderoso rey! ¿Por qué confían en el favor del Macabeo Judas?
Decid ¡oh rey! qué haré para vengaros, puesto que sois el sol que nos alumbramos.
Vos llenáis los deseos de este reino; hablad y vuestras órdenes se cumplan.
- Antio. A mi voz esas turbas desaparecen, yo acabaré de abrir sima profunda donde el pérfido Judas y los suyos, aplastados por mí, todos se hundan.
¿Más que Antiocho, quién? Los vendavales por más que con furor ante mí rujan, cesarán y la tierra, estremecida al eco de mi voz, quedará muda.
- Calist. Mandad señor que obedeceros quiero.
(Mas no será la Macabea tuya.)
- Antio. Tú eres muy fiel, y como bueno cumples.
Tú siempre has dicho la verdad desnuda;
—*con intención*—
yo te daré debida recompensa, la recompensa que contemplo justa.
¿Dónde está la arrogante Macabea que imponer quiere condiciones duras?
Yo necesito hablarla (ella me agrada y más me enciende cuanto está más ruda.
¿Dónde está, dónde está?
- Calist. ¡Oh rey amado!,
con vivo afán procederé a su busca.
No se halla entre nosotros; cual traidora

se ha dado al par que muchos a la fuga,
resiste vuestras órdenes, mas presto
lograré que a este sitio sola acuda.

Antio. Si consigues que venga, mil honores
Antiocho te dará, que mi premura
causa tiene por cierto interesante,
en que el honor de la nación se funda.
Quiero pronto volver a Antiochía
(que aquí mis glorias sin cesar se anublan.)

Calist. El pueblo de Israel hoy se resiste
a vuestras justas leyes más que nunca,
la Macabea su funesto ingenio
de los rebeldes a favor aguza

Antio. Testigo fui, por eso quiero verla,
quiero evitar que el descontento cunda.
Los preceptos que dije se observarán,
que nadie, sea quien sea, los eluda.
Reos serán de muerte los que falten.

Calist. ¡Oh poderoso rey! Tengo mis dudas,
no, certeza más bien, de que esa osada
no querrá obedecer; quieren la lucha,
y sus hijos también; ¿morirán todos
si en sus creencias su conducta escudan?

Antio. Yo dictaré sentencia en ese caso,
sentencia irrevocable y oportuna.

Calist. De Judas Macabeo, nada os digo;
de ese que suele ser ave nocturna
que no descansa, que se agita indignado
y al pueblo a ser rebelde siempre azuza.

Antio. ¡Ah Judas Macabeo! Cómo, infame,
mi diadema pisar necio calcula.
Yo humillaré su altiva valentía,
yo por siempre ataré su lengua inmunda.
A un Dios invoca; y Dios es el acaso;
vale más que un Dios mi regia púrpura.
Ve mi encargo a cumplir, buen confidente,
que mi persona aquí se halla segura.

Calist. ¡Pues no ha de estarlo! Ciertamente espero
que más vuestra corona en breve luzca.
Yo para vos deseo honor y gloria,
ya veréis cual mi celo lo procura.

Antio. Con los grupos del pueblo que se acercan,
alerta todos id.

Calist. Son gentes rudas
que se agolpan a ver el campamento.

Antio. Mas no sed confiados

Calist. Eso nunca.

ESCENA 2ª

Dichos y Filarches.

*Al llegar éste hace el rey una señal a Calisthenes
de que se espere.*

Filar. Señor, nuevas alarmantes
me dan en este momento.
Dicen que piensa avanzar
el vil Judas Macabeo.

Antio. Por la nueva no me espanto,
muy al contrario, me alegro.
Así pagará bien pronto
su pérfido atrevimiento.

Filar. ¡Oh rey! dispón de nosotros.
Tú eres todo nuestro centro;
a ti sólo te acatamos,
eres Iris de este reino.

-a Calisthenes-
Antio. Esos vivos resplandores
que se advierten...

Calist. No funestos
para nosotros serán.

Filar. ¡Oh! Jamás desconfiemos.

Antio. ¡Qué! ¿No hemos de estar alerta?
-a *Calisthenes*-
Ve a averiguarlo al momento
(Y si nada significan,
tu promesa te recuerdo.)

—*Calisthenes se adelanta hacia el foro izquierda;
entretanto Antiocho se acerca a Filarches y le dice:—*

Antio. ¿Qué me dices, buen Filarches?

Filar. Señor, hay algo de nuevo,
la Macabea parece
que quiere hablaros, y espero
que indiferente no sea
a vuestros nobles intentos.
De Cedrón en el torrente
con varios de sus adeptos
la encontré, no era del caso
usar de violencia

Antio. Cierto.
Con libertad ella venga
que más así lograremos.

Filar. Brillar en los ojos vi
llama de un amor incierto.
Tal vez a vos se refieren
sus palabras de misterio.

Antio. ¿Piensas que yo la domine?

Filar. No tardaré en conocerlo.

Antio. ¡Si amaré!

Filar. Como mujer
debe de amar, es de fuego
su corazón, según noto;
vislumbro su pensamiento
por sus miradas, su afán,
que es evidente, por veros.

Antio. Es muy altiva y a nadie
que ame de veras yo creo.
Mas aún esto, por ahora,
favorece sus proyectos.
¡Si ese corazón valiente
se entregara a mi deseo!

Filar. Es corazón de mujer,
y lo que amáis no está lejos,
tal vez, si yo no me engaño,
que a ella le gusta el incienso
y que todos le realcen
y predice, a mi ver, esto,
que no huirá de ser vuestra,
que al cabo seréis su dueño.

—*Calisthenes se ha marchado poco a poco como
queriendo cautelosamente averiguar lo del
resplandor que se notó.*—

Antio. Calisthenes se ausentó.
(Él marcha en este momento
mis encargos a cumplir;
que me sea fiel no espero.)
Yo también a saber corro
quién en nuestro campamento
hogueras hizo encender,
cuando todo está en silencio
y no debe al enemigo
alumbrársele el terreno.

Filar. Este sitio es muy recóndito.

Antio. En él seguro me encuentro.

Filar. Y más cuando tenéis cerca
la ignota puerta de hierro
que os da paso a la ciudad
y os lleva a vuestro aposento.

Antio. Filarches, no hay que temer:
nada ocurrirá siniestro;
que antes de llegar aquí
-con desdén-
con su miserable ejército
ese valeroso Judas,

que a tantos los lleva ciegos,
avisos se me darán sin falta,
muchos y ciertos.
Y además mis fieles tropas
le detendrán sin esfuerzo.

Filar. Ya sabéis, ¡oh rey Antiocho!,
que antes abrirán mi pecho,
antes moriré mil veces,
antes verán este cuerpo
en trozos por esos campos
pasto de buitres y cuervos,
que consentir en que toquen
ni a uno de vuestros cabellos.

Antio. ¡Ah Filarches!, me eres fiel;
a esa mujer, desde luego,
quiero hablarla; tú depón,
si es que llegare a tenerlos,
sus temores, di que el rey
es con las mujeres tierno.
Pronto estaré aquí de vuelta.
¿Mi caballo?

Filar. Está dispuesto,
y la guardia también.

Antio. Vete. A Calisthenes...
—*indicándole que nada le diga*—

Filar. Lo entiendo.
—*Va se Filarches.*—

Antio. Dos se empeñan en servirme,
quién me sirve, allá veremos.
Si consigo dominarla,
si a mí inclinase su afecto,
serían míos también
sus numerosos prosélitos.
Judas Macabeo entonces
poco importaba por cierto.
Este es mi amor y no otro;
este es mi amor verdadero.

—*Va se por 2º término izquierda.*—

ESCENA 3ª

Calisthenes y Filarches

Calist. ¿A qué detienes tu marcha?

Filar. Yo por el rey me intereso.

Calist. Yo a darle cuenta venía
de los males que presiento.

Filar. ¡Y bien, qué sucede, qué!
¡Muy alarmado te encuentro!

Calist. Sucede que se subleva
de Israel el rudo pueblo.
Sucede que de mil partes
van a acudir y me temo
que ha de estar por estos montes
ahora Judas Macabeo.

Filar. ¿Podrá ser? ¿Se atrevería?

Calist. Las antorchas que encendieron
deben ser una señal
que le indique el paradero
de nuestro rey.

Filar. Me parece
que la altiva Macabea
agitará el movimiento.

Calist. ¿Sabes tú qué piensa el rey
de esta mujer?

Filar. Un secreto
no revelado, de Antiocho,
es su sagaz pensamiento.
Ejecutemos ahora
lo urgente, y en estos cerros
observemos con cuidado,
este es el deber primero.
¿Sabes de la Macabea?

Calist. Ninguna noticia tengo
que me indique dónde para.
¿Lo sabes tú?

Filar. Es un misterio
la vida de esa mujer
que dicen que se fue huyendo.
Perdona, amigo Calisthenes,
si aquí más no me detengo.

Calist. A averiguar la verdad,
¡oh buen amigo!, volvemos.
Tú ve por ese camino

Filar. (Si con mi especial intento
lo desorienté.)

Calist. Yo marchó
por aquí (con un deseo).

—*Vase Filarches foro izquierda. Calisthenes por el foro
derecha, mas al desaparecer éste dice:—*

Calist. Si la rindo a mi capricho,
si se allana a lo que anhele,
a Judas con sus secuaces
fácilmente venceremos.
Todo a mí se deberá,
riquezas, honor y reino.

—*Va se—*

ESCENA 4ª

*Judas Macabeo sale por primer término derecha
con Delio y un grupo de hebreos.*

Judas. No está aquí; tengamos fe,
también valor y paciencia,
grito de nuestra conciencia
es el que presto daré.

Delio. ¿Y por qué esperar tanto?
¿Por qué sufrir tanta mengua?

¿Por qué atada nuestra lengua
ha de seguir, y el quebranto?
¿Por qué este pueblo oprimido
no ha de ser vengado ahora?
¿A qué esperar a otra aurora
para el triunfo apetecido?
¡Comiendo hierbas estamos...!

Judas. Y si Dios lo quiere así
maná comeremos, si,
si nuestra frente humillamos.
Si hemos llegado hasta aquí,
si entre vosotros me habéis,
es bueno que recordéis
que de astucia me valí.
Pero esa astucia no es fuerza
en este instante, y yo quiero
que el camino verdadero
por nuestro afán no se tuerza.
Faltan de nuestros hermanos
muchos aún.

Delio. Ved cual llegan.
—*van llegando hebreos*—
y todos conmigo ruegan
que sucumban los tiranos.
¡Cuán cerca está la ciudad...!
—*señalándola*—

Judas. Estad prontos a un aviso,
y si huir fuera preciso
desparramaos y esperad.

Delio. Entretanto...

Judas. Entretanto...
nuestro valor esforcemos,
no importa que derramemos
un día más nuestro llanto.
La terrible expiación
se encuentra ya bien cercana,
¡oh! mi esperanza no es vana,
no es hija de la ilusión.
Dejadme obrar.

Delio. Bien os creo.

Judas. Haces bien. El gran Jehová
nuestros pasos guiará,
y no será en devaneo.
Jehová su látigo tiende
y luego, con su anatema,
el mismo látigo quema
y con él un reino enciende.
Jehová vio la esclavitud
de los suyos en Egipto
y volvió por el proscripto
y dióle rica y salud.
Abrió por lo mismo el mar
y el pueblo pasó a pie enjuto,
y al tirano eterno luto
e imprevisto supo dar.
Del diluvio recordad
que se salvó el que creyó;
bien pronto el agua bajó.
Creed, creed y esperad.
Retiraos, dejadme solo,
cerca estad. ¡Ah murmuráis!
-murmura el pueblo-
¿Qué es lo que de mi pensáis?
¿Tiene mi corazón dolo?

Delio. Es impaciencia no más.

—El pueblo da señales de asentimiento y quiere expresarlo de palabra.—

Judas. Silencio, silencio.

Delio. Vamos.
—al pueblo; éste muestra otra vez su impaciencia.—

Judas. No a nuestro Dios ofendamos.
No demos pasos atrás.
-con voz suave-
¡Ah! ¿No esperáis? ¿No creéis?

Algunos *—en voz baja—*
del pueblo. Sí esperamos, sí creemos.

Judas. De este modo venceremos;
presto, presto lo veréis.

—El pueblo da muestras de júbilo y a una señal de Delio se marchan por primer término derecha.—

ESCENA 5ª

Judas, solo.

Judas. ¡Señor omnipotente!
Tú eres el solo Dios en paz y en guerra,
Tú, de un confín a otro de la tierra
repartes, providente,
tu luz, tu amor, tu fuerza prepotente.
Tú me das de tu aliento soberano
un átomo, que es toda mi pujanza.
Tú con tu pródiga mano
me sostienes, y de ello estoy ufano.
De Ti, mi Dios, desciende mi esperanza.
¡Jerusalem, Jerusalem, espera,
tú eres la Ciudad Santa!
En ti mi pobre planta
para ensalzar a Dios sentar quisiera.
Tu templo profanado
sea purificado.
Triunfe mi religión que es verdadera;
respétenla los encumbrados reyes;
más altas que ellos son de Dios las leyes.
Mas, ¿es ella? ¿Qué veo?
¡Es ella, es ella, la gentil matrona,
de mi fe y mi valor límpido espejo!
También ella sus lares abandona;
¡oh! sin ella de aquí yo no me alejo.

ESCENA 6ª

La Macabea aparece por cerca del foro derecha, acompañada de tres o cuatro hebreos, se detiene un momento reflexionando quién es el que esté en la escena, y así que le ha conocido y al adelantarse Judas hacia ella, dice, mirando a una y otra parte para asegurarse de que todos son amigos:

- Macab. Judas, amigo, ¿aquí tú?
- Judas. Amiga, Dios sea loado!
Te veo al fin, ¡Oh!, mis ojos
suspenden ahora su llanto.
- Macab. Nuestro Dios aquí nos junta,
no es para bien del tirano.
- Judas. Voy a hablarle del rey Antiocho,
no me asusta a mí su fausto.
Quiero en nombre del altísimo
decirle que mis hermanos,
todo el pueblo gime y siente
su brusco y funesto trato.
Nuestra ley, nuestras creencias,
el culto que no olvidamos,
todo, todo lo conculca,
lo atropella sin reparo.
- Macab. Aquí me cita Calisthenes,
diciendo que sin cuidado
puedo venir, que interesa.
- Judas. Él es torpe y temerario.
- Macab. Me conoce y le conozco;
siempre burlé sus amaños.
- Judas. Querrá que influyas, tal vez,
a que el pueblo los mandatos
del rey Antiocho cumpla;
de ese rey tan necio y vano
que cree formar apóstatas
tan sólo con intentarlo.
Tal vez Calisthenes querrá...
¡Oh! no se atreve mi labio...

tú eres buena, eres prudente,
y comprendes lo que callo.

Macab. Tranquilo debes estar.
Viene a mí, desde lo alto,
tal fervor, tal sentimiento,
tal purísimo entusiasmo,
que vivo yo de la vida
que comunica ese encanto.
Se abrasa mi corazón
-señalando al cielo-
y a ese ser tanto le amo
que no encuentro, no, expresiones
que revelen este arcano.

Judas. Bien, bien, eres un tesoro!

Macab. He comprendido bien claro
lo que es el amor del mundo,
si puro nos ha cercado.
Amé a un esposo muchísimo,
como a un... semi-dios, y tanto,
y tal vez más, a mis hijos,
Judas amigo, los amo.
Son ángeles para mí
de que Dios me ha rodeado.
Honor del pueblo... lo son
esos hijos tan preciados.
Mas hay un vacío en mí
que yo no puedo llenarlo.
Parece que el corazón
encuétrase solitario,
pues amo, y amo de modo
al que el aliento me ha dado,
amo tanto al Ser Supremo,
que en este amor, ¡oh!, me abraso.

Judas. Ese amor no se comprende
por seres que están helados.

Macab. Tú le amas también, le amas,
mas tú no padeces tanto.
Tu amor es más apacible,
por ello es más regalado.

Yo me agito y busco siempre
modos de amar por gustarlos,
y ofrecer al dueño mío
algunos nuevos regalos.
Sufro, sí, sufro y no poco;
pero en el sufrir me encanto.

Judas. Calisthenes venga ya,
que te hable su desenfado;
estoy contento de oírte,
tú eres mi Norte, mi faro.
El pueblo se salvará;
que entre corazones malos
aún hay quien ame y quien crea,
la fe nos ha de hacer salvos.
Te dejo, más no de vista
te perderé.

Macab. De un lado
no lejos estés; ¿quién sabe
lo que el rudo y temerario
Calisthenes pensará?

Judas. Él pensará lo más malo.
Por allí viene, sin duda.

Macab. Él será, sí.

Judas. ¡Desgraciado!
-yéndose-
Si es que empañar intentara
espejo tan limpio y claro.

—*Va se primer término derecha.*—

ESCENA 7ª

La Macabea, sola.

Macab. Calisthenes, ¡qué deseas!
Llega presto a descifrarlo
que yo sé lo que se debe
esperar de tu agasajo.

ESCENA 8ª

La Macabea y Calisthenes que viene por foro derecha.

Calist. El rey Antiocho ahora
de aquí algo lejos se encuentra,
bien podéis con libertad
producirme vuestras quejas
que yo templaré del rey
el rigor que al pueblo muestra.
(¡Qué la diré!)

Macab. Tus proyectos
preciso es que yo comprenda.

Calist. Tiempo hace me conocéis
y sabéis las muchas pruebas
con que ansioso y sin falsía
respondo a vuestras finezas.
Vuestra suerte, vuestra vida,
mucho, mucho me interesan.
(¡Qué la diré!)

Macab. Te lo aprecio.

Calist. Y con la misma moneda
he de procurar pagaros,
en suerte feliz o adversa.
—*Calisthenes mira en derredor, por si le escuchan*—
Oíd. Nuestro rey Antiocho
más que pensáis os asedia
y a vuestros hijos y a vos
no cosa buena desea.
Quiere que le estéis sumisa
faltando a vuestras esencias.

Macab. (¿Hablará sinceramente?)

Calist. Ya sabéis la mala nueva.
O habéis de faltar así
o de vuestra muerte cierta
el mandato seguirá,
que corre su mente ciega
y ya veis que ni a los niños
él en su furor respeta.

- Macab. ¡Y tan solamente es eso
lo que el rey para mí piensa?
- Calist. Hay más; quiere sumisión
y que le...
- Macab. Tu reticencia
no comprendo; claramente
háblale a la Macabea.
- Calist. Que le améis es lo que quiere.
- Macab. ¡Que yo le ame!
- Calist. Tal empresa
es en verdad atrevida.
Mas su pasión no es sincera.
Si anhela que seáis suya
no es para amaros; quisiera
que apareciese que os ama
y de su reino la fuerza
aumentar con vuestro auxilio,
esto sin duda le ciega.
Su corazón aún no ha amado.
Vos sí. (Usemos la cautela.)
- Macab. Dices bien que él no amó nunca,
yo amé y amo con fineza.
- Calist. (¡Ama, y a quién amarál!)
Amáis, es claro, ¿qué fuerza
de un corazón ardentísimo
si no amara?
- Macab. (¡Qué terneza
tan impropia en este hombre!)
- Calist. Amáis cuanto me interesa...!
No, no quiero averiguar...
- Macab. ¿Para qué? Pues ni mi lengua
expresar puede este amor,
que es mi más dulce cadena.

Calist. Yo ante vos he suspirado
y en vuestra mirada inquieta
entreví... y os... respeté
y os... noté siempre tan tierna!
(Gracia tiene esta mujer
que alguna vez me embelesa.)

Macab. Y bien, me llamaste aquí
y debo ya...

Calist. Vuestra ausencia
tan presto no me anunciéis,
oíd con calma. Una ofensa
grande, terrible, os ha hecho
el rey y la ofensa es esta.
Al hablar de vuestro amor
dice que amáis con torpeza,
que vuestra pasión no es digna,
que sólo amáis las riquezas
y el brillo y la ostentación,
y dijo más...

Macab. Si supiera
a quién ama esta mujer.
Si ese rey de su miseria
se supiera levantar
a la bellísima esfera
en que el hombre colocarse
puede para dar idea
de que el oro es polvo vano
y los honores quimeras,
de otro modo juzgaría.
Ahora todo lo envenena.

Calist. Judas Macabeo es digno
-con intención-
de vuestro amor.

Macab. ¡Ah! Me alienta
otro ser más encumbrado
que el pensamiento penetra,
y que hará sin duda alguna
mi felicidad completa.

Calist. (¡Qué miradas, cuánto dicen!,
me fascinan, me encarcelan.)

Macab. Delante de mí le tengo
ahora mismo, y él me encuentra
cuando quiere.

Calist. (¡Yo delante
estoy ahora mismo de ella!)

Macab. Él me entiende y me reanima.

Calist. (A mí alude, qué discreta.)

Macab. Él quizás un sacrificio
quiere por la recompensa.

Calist. De seguir, yo os comprendo,
y os... respeto, y mi entereza
se convierte en un instante
en debilidad extrema.
No sé deciros ... mirad,
mi semblante es buena señal
de que... suspiro por vos.

Macab. ¡Qué dices!

Calist. Es verdadera
mi afición para... serviros
y... salvaros y...

Macab. Contenta
(qué habrá pensado) repara...

Calist. No os turbéis...

Macab. ¡La Macabea
turbarse! ¡Y ante su vista!
¡Pues no ves que estoy serena!

Calist. Acabemos...

Macab. ¡Qué pensaste!

Calist. (¡Mal haya por mi impaciencia!)
Ved que Antiocho os propone
su amor o una muerte cierta.
Ved que huís de sus mandatos,
y que él manda en esta tierra.

Macab. Mi amor es de otro, lo dije,
el suplicio no me arredra.
Yo me someto a las leyes
si no van contra creencias
que él no estima en lo que valen
porque él al cielo desprecia.

Calist. Vuestro proceder alabo.
Tiene corazón de hiena.

Macab. (Y tú como sus hijuelos
que pronto a morder empiezan.)

Calist. Segura no estáis aquí.

—*Filarches aparece atisbando por el foro izquierda.*—

Macab. El pueblo amante me cerca.

Calist. No estáis segura; yo puedo,
si me seguís con firmeza,
a vuestros hijos y a vos
salvaros de tanta mengua.

Macab. No puedo aceptar, no puedo.

—*Filarches se marcha sin ser visto.*—

Calist. Venid, venid, miedo fuera.

Macab. ¡Cómo miedo! No, Calisthenes;
nada en el mundo me aterra;
yo sé lo que debo hacer,
le hablaré con entereza
al rey.

Calist. Mas llevad cuidado;
él aquí veros anhela.

Yo lo deploro. Seguidme,
ya veréis con qué presteza...
Venid y de mí fiad.
¿Venís? ¿Venís? ¿Qué respuesta
al fin me dais?

Macab. Que me quedo.

Calist. Y yo también. La violencia...

Macab. Yo tal vez al rey convenza.

Calist. Volveré.- (Si no me ayuda,
¿qué me importa a mí que muera?)

—*Va se Calisthenes por primer término izquierda.*—

ESCENA 9ª

La Macabea, sola.

Macab. Mis hijos, su religión,
mi país, esto me llama.
Ese rey mi nombre infama
y quiere mi corazón.
De entusiasmo mi razón
se llena, y cuando se exalta
menos entonces le falta
a mi pecho valentía;
de esperanza y de alegría
este corazón ya salta.

ESCENA 10ª

La Macabea y Antiocho.

—*Viene éste con Filarches, que indica con la mano que la
Macabea está allí y se marcha.*—

Antio. ¡Qué encuentro tan venturoso!
¡Ah!, sí, venturoso encuentro.
Me hallo en verdad en mi centro
por más que te sea enojoso.

—*Empieza a notarse el resplandor de la luna.*—

¿Por qué ese rigor conmigo?
¿Por qué irritar mi clemencia?
No me impidió mi dolencia
que de ello fuera testigo.
¡Nada dices!
—*con dulzura*—

¿Por qué calla
lengua que así me ofendió?
¿Por qué razón sublevó
a la insolente canalla?
¡No contestas! Mis enojos,
por más que me fuera duro,
los olvidé, te lo juro;
mírame con dulces ojos.
Pide, que yo conceder
pienso, si está de mi parte;
por eso he querido hablarte
a pesar de lo de ayer.
—*muéstrase la Macabea asombrada*—
¿Nada dices ni aún así?

Macab. Digo, qué extraño que el rey,
que ya nos fijó su ley,
variarla quiera por mí.

Antio. Variar la ley no he pensado,
aunque lo puedo hacer todo.
Yo lo haré, si hubiera modo
de contentarte a mi lado.

Macab. Dije al pueblo que a su Dios
no le falte, es lo primero,
amar al Dios verdadero;
con esto no os faltó a vos.

Antio. Di si mi último mandato
vais todos a obedecer.

Macab. ¡Ah!, señor, no puede ser.

Antio. Eso será un desacato.

Macab. ¿Por qué a nuestro Dios faltar?

Antio. Lo que mandé es bien pequeño.

Macab. Servimos, señor, a un dueño
que todo lo ha de pagar.

Antio. ¿Y por tan pequeña cosa...?

Macab. Pues más o menos extensa,
toda vez que sea ofensa
comprendo que ella es odiosa.
Nuestro Dios...

Antio. ¡Estoy hastiado
de esa frase tan mezquina!
—con desdén—
¡Nuestro Dios! ¡Qué peregrina
es la excusa que habéis dado!
Vuestro Dios, ¿dónde se halla?

—La Macabea señala con dulzura al cielo.—

Antio. Los astros viven ahí.

—La Macabea señala con majestad a la tierra.—

Antio. ¡Oh! ¿Dices que él está aquí?
Pues yo le pregunto y... calla.
¡Vuestro Dios! ¡Qué devaneo!
Yo miro hacia todas partes,
Veo, sí... mis baluartes;
—con arrogancia—
A él ni le vi, ni le veo.

Macab. ¿Que no le veis? ¿Estáis ciego?
—enardecida—
Yo en este instante le miro,
le adoro, por él suspiro,
y ardo en un constante fuego.
¡Que no le veis! Movimiento,
¿quién os dio? ¿Por qué existís?
¿Por qué pruebas no pedís
a la tierra, al firmamento?
¿A la más sencilla flor,
al ignorado insectillo,
al sol en su ardiente brillo,
a esa luna en su candor?

—*Ha comenzado a salir la luna que ha de verse en lo que queda de acto.*—

De la aurora los albores,
y la delicada brisa
de su aliento y su sonrisa,
toman dulzura y colores.
Ved cómo le muestra airada
del trueno el ronco estampido,
mas el ruiñeñor, sentido,
nos da muestras de su agrado.
Ostentan su majestad
las olas embravecidas,
y cuando están adormidas
retratan su inmensidad.

—*Antiocho se muestra impaciente.*—

¡Que no le veis! ¡Desgraciado!
¿Para qué nacisteis vos?
Aquel que no ve a su Dios,
ese está en un mar helado.
¡Sepulcros de los profetas!
¡Sed testigos!
—*a Antiocho*—

Preguntad
y su respuesta escuchad.

Antio. ¿Qué quieres? ¿A qué me retas?

Macab. En este valle algún día
el gran juez dará sentencia.

Antio. No, no tengo esa creencia.

Macab. Yo sí.

Antio. Déjame en la mía;
quien me ha de juzgar soy yo.

Macab. Quien da la vida y la muerte.
Pensad en la eterna suerte.

Antio. Eterno no hay nada, no.
Consejos no necesito.
Tú amas a Judas, lo sé.

Macab. Tenemos la misma fe
y en sus banderas milito.

—*Antiocho se repone.*—

Antio. Oye, mi modo perdona;
no le ames; la historia luego
dirá que ese estuvo ciego
y que triunfó mi corona.

Macab. Yo amo a un ser más excelente;
corona me guarda a mí.

Antio. ¿Y quién es ese que a ti
con tal caricia te miente?

Macab. ¿No lo adivináis, señor?

Antio. ¡Calisthenes!

Macab. ¡Ah!, no tal.

Antio. ¿Amas al que por su mal
tal vez ahora me es traidor?
Sé mía; nuestro poder
llegará donde no alcanza
a imaginar tu esperanza.
Sé mía, bella mujer.

Macab. ¡Pues si amo a quien puedo amar!

Antio. Ámale, que esa pasión
lleva ya tu corazón
do no se podrá salvar.
Mis preceptos obedece;
sé además mía y repara
que enturbiaste el agua clara
y que la borrasca crece.

Macab. No me asusta la tormenta.

Antio. ¡No te asusta! La prisión
temperará tu vil pasión.
Ven.

—*La coge de la mano.*—

Macab. ¡Vuestra cólera intenta
vengarse en mí! ¡Estoy gozando!

Antio. ¡Ven a mi tienda! ¿Te ríes?

—*con imperio*—

Macab. ¡Dejadme!

Antio. No, no porfíes.

—*Se apercibe Antiocho de que llega un hombre por segundo término derecha; vacila unos momentos y al dejarse ver Judas Macabeo impele a la Macabea hacia primer término izquierda y le dice:*—

Antio. En esa gruta y... callando.

ESCENA 11ª

Antiocho y Judas Macabeo

Antio. A fe que bien atrevido
para llegar hasta aquí
anduviste. ¿Quién así
mis frases ha sorprendido?

Judas. Nadie me ha impedido el paso;
duerme la guardia.

Antio. ¿Qué quieres?
Pero dime antes, ¿quién eres?

Judas. No importa mi nombre al caso.
Judas se halla en esta tierra
y me envía a que sepáis
que si la ley respetáis
de su pueblo no habrá guerra.

- con altivo desdén*—
- Antio. Pues digo a su embajador
que desprecio la embajada;
que en verdad no vale nada
el poder de ese señor.
- Judas. Ya varias veces triunfó,
hablen vuestros generales,
con fuerzas muy desiguales
las victorias alcanzó.
Judas por sí vale poco,
mas hay otro que le abona.
- Antio. Mucho aún brilla mi corona.
Judas, como tú, está loco.
También tú vendrás a hablar
de vuestro Dios, Dios bien necio.
- Judas. No habléis con ese desprecio
del que os puede aniquilar.
—*enfáticamente*—
Yo os anuncio la ruina...
- Antio. ¿Eres profeta?
- Judas. No soy,
mas al hablaros estoy
bajo inspiración divina.
- Antio. Di tu nombre, ¡miserable!
Mal lo pensaste al venir.
- Judas. Mi nombre queréis oír,
ahora decirlo no es dable.
Los montes se allanarán,
hay un poder que os azota
del todo la valla rota,
vuestras glorias ¿dónde irán?
- Antio. ¡Temerario a mí te atreves!
Hoy será tu último día;
fuerza es que por tu osadía
el justo castigo lleves.
Eres prisionero mío.

Judas. Prisionero, no, no a fe,
yo salvo de aquí saldré.

Antio. Presto habrá de sangre un río.

—*Judas va al sitio en que Antiocho dejó a la Macabea y la
saca de la mano con vehemencia.*—

Judas. Por aquí conmigo ven.
—*a la Macabea queriendo llevársela por primer término
derecha*—

Macab. ¡Dios sea loado!

—*con grito*—

Antio. Mi acero
el ultraje vengará.
—*llamando*—
¡Mi guardia!

—*Desenvainan los aceros.*—

Judas. El pueblo vendrá
y el golpe será certero.

—*Acuden guardias por foro izquierda con Calisthenes. Detrás
Filarches. Al verlos la Macabea dice a Judas:*—

Macab. ¡Huyamos!

—*Huyen, en efecto, por primer término derecha y al
desaparecer toca Judas una trompeta, a vista del espectador,
llamando a sus prosélitos.*—

—*a Calisthenes para que la persiga*—

Antio. ¡La Macabea!

—*al irse con los soldados*—

Calist. (Si me ama, la salvo.)

Antio. ¡Oh, sino!

Filar. —*al rey*—
Cercado está su camino
—*con rabia, al irse por donde Calisthenes*—
¡Tal mujer!

Antio. ¡Maldita sea!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO 2º

Una sala del palacio de Antiocho. Puertas a la derecha en primero y segundo término. Una a la izquierda 2º término. En 1º izquierda puerta secreta. Otra bien ancha en el foro. Dos mesas con candelabros encendidos. Algunos sillones.

ESCENA 1ª

Calisthenes y Filarches

- Filar. A pesar de los pesares
siempre feliz te es el sino.
Parece que no haces nada
en provecho de ti mismo,
y te mueves y te agitas
más veloz que un torbellino
cuando de por medio está
lo que cuadre a tu egoísmo.
- Calist. Te dejo hablar, ya se ve,
¡como somos tan amigos!
- Filar. Tienes oro más que yo;
el botín, siempre que es rico,
viene a parar a tus manos
por modos singularísimos.
Honores tienes sin cuento,
más de los que son debidos.
- Calist. ¡Qué mal me tratas!, en fin,
de tus ofensas me olvido.
La vida es breve, se pasa
como el humo y es preciso
en sus mil y mil azares
darle rienda al albedrío.
- Filar. Te conozco.
- Calist. No muy bien.
- Filar. Yo sé tus buenos servicios.
Incendios, asesinatos,
traiciones...

- Calist. ¡Calla, maldito!
 ¿A qué hemos de discurrir
 si juntos siempre hemos ido?
- Filar. Tienes dos caras o tres,
 y aún a veces más de cinco.
- Calist. ¡Filarches!
- Filar. ¡Qué! ¿Ya te irritas?
 Me miras como te miro.
 Seamos iguales en todo.
- Calist. Lo seremos.
- Filar. Convenido.
 Y desde el lance de anoche,
 ¿dónde has estado que he visto
 que mil veces de palacio
 bien presuroso has salido?
- Calist. Órdenes cumplí del rey.
- Filar. (Buenos serán tus designios.)
 Pero, al cabo, cuéntame
 cómo del grave conflicto
 de ayer, amigo, saliste.
- Calist. Los débiles enemigos
 ¡cómo a ti te rechazaron!
 En cuanto a mí, vas a oírlo.
 ¡Ah, Filarches!, qué mujer.
 Fue una acción, sí, de heroísmo.
 Bien pronto la rodearon
 con afán grande los míos,
 y al ver que a su defensor,
 que con gran razón se ha dicho
 que era Judas Macabeo,
 ya le amagaba un cuchillo,
 se interpone, y cuando yo
 muerta la creí, da un grito,
 y a su compañero dice:
 “Vuela, de nada yo sirvo.”
 Su compañero resiste

y ella, lanzando un gemido,
exclama: “Yo te lo mando,
yo, y en nombre de Dios vivo.”
Aquel hombre al oír esto
mira al cielo, y de improviso,
como el rayo desaparece
envuelto entre los vencidos.

—*mofándose*—

Filar. A eso el pueblo de Israel
le llama auxilio divino.
Yo espero que se me premie.

Calist. ¿Qué hiciste tú?

Filar. Yo, advertido
de que reuniéndose iban
hebreos por estos sitios,
bien lo sabes, procuré
cercarlos en su camino.

Calist. Pero nada conseguiste.

Filar. ¡Y qué!

Calist. Nada; lo que es fijo
es que está por mí en prisión
esa mujer.

Filar. Y cautivo
dicen que quedaste tú
de sus prendas.

Calist. ¡Desvarío!
Me cautivan las riquezas.
(Su arrogancia así lo quiso.)

Filar. Eres un enigma siempre.

Calist. Déjame obrar, he creído
poder traer cerca de ella
al más pérfido enemigo
que todos tenemos, y esto
te hará formar varios juicios.

Filar. ¿Qué piensas hacer ahora?

Calist. Vete, mientras lo medito.
Déjame solo, y pregunta
si Judas es muerto o vivo,
y si vive, dónde para.

Filar. Pues la noticia ha cundido
de que murió en la refriega.

—*Señalando a primer término derecha, donde la Macabea se halla.*—

Calist. A esta mujer yo vigilo
y conviene ser con ella...

Filar. Duros.

Calist. Y quizá benignos.
Déjame.

Filar. Seamos iguales.

Calist. ¿Quién lo duda?

Filar. Si consigo
averiguar lo de Judas
lo sabrás (Pero de fijo
que será cuando la nueva
me la aproveche yo mismo.)

ESCENA 2ª

Calisthenes, solo.

Calist. Esa mujer, es verdad,
tiene ciertos atractivos
y lo que más vale aún
tiene poder muy cumplido
sobre el pueblo, trabajemos
a que tal poder sea mío.
Y lo será. Indiferente
me dicen sus ojos vivos
que no le soy, y esto basta

para estrechar más el sitio,
que fortalezas mayores
a mi esfuerzo se han rendido.
Es una mujer no más.
Si me complace, de fijo
que la salvo y yo me encumbro.
Si no... la mato yo mismo

—*Calisthenes mira en derredor, ve si están cerradas las
puertas y llega a la de primer término derecha, la abre y
dice con voz suave.*—

ESCENA 3ª

Calisthenes, después la Macabea.

Calist. Quien siente vuestra pasión,
desea hablaros, salid,
y sus querellas oíd,
que justas y nobles son.
No os detengáis, yo aseguro
que esta detención me duele
y que a salvaros me impele
un afecto que es muy puro.

—*La Macabea sale y al ver a Calisthenes solo, quiere volverse
a su habitación.*—

Calist. No os vayáis, todo lo siento.
Vuestros pensamientos fijos
los tenéis en vuestros hijos
y es justo ese sentimiento.
Yo quise ser vuestro amigo;
pero despreciáis mi afán,
vuestros ojos me dirán
si interesaros consigo.
Hablad, hablad.

Macab. Tu interés
no he comprendido cuál sea.

Calist. Dulce y benigna yo os vea,
y veréis me a vuestros pies.

Macab. Dulce y benigna, no entiendo...
yo con nadie he sido dura
y mi palabra asegura
que he de seguir dulce siendo.
Mas con quien yo debo hablar
es con el rey.

Calist. ¡Él es tanto!
¡Yo soy tan poco! ¡Mi manto
ahora no puede brillar!
Si es que lo regio os fascina...
Yo quisiera ser un rey
mas estoy entre la grey
que ante el monarca se inclina.
-en voz baja-
De Antiocho el torpe amor
os dije, y a pesar de ello
noto en vos cierto destello...

Macab. Tengo pureza y valor.

Calist. Lo sé; mas decidme ahora,
¿queréis enjugar el llanto
del pueblo, que en su quebranto
sus creencias tanto adora?
¿Queréis triunfar de una vez
tras de afanes tan prolijos
y que a vos, y a vuestros hijos,
se os dé inmarcesible prez?

Macab. ¿Qué harías tú?

Calist. Tan grande acción
está alcanzarla en mi mano,
lo que ofrezco no es en vano
mas con una condición.

Macab. ¿Cuál es?

Calist. Mi afán, mi deseo,
es que dictemos la ley;
guerra le haremos al rey,
guerra a Judas Macabeo.
Seáis o no seáis mía

ayudadme en esta empresa,
a los dos nos interesa,
mi suerte la vuestra fía.

Macab. ¡Ser tuya! No puede ser.
Por muy distinto camino
queremos otro destino
dar en tanto padecer.
¡Yo a Judas la guerra! ¡No!
Comenzára así faltando
a lo que estoy proclamando;
que Judas es más que yo.

Calist. Vuestro corazón le ama.
¡Cuán ciega vivís por él!
Pero ese amor tiene hiel
a pesar de que os inflama.
Meditadlo.

Macab. No ese amor
es el que alumbra mi mente,
no es el que pecho siente
con vivo, incesante ardor.
Como yo a Judas le quiero
no lo comprendes.

Calist. Si tal
y como vi que es mi mal,
que le abandonéis espero.

Macab. Si Antiocho revocara
las leyes que hacen violencia,
tan dura, a nuestra conciencia,
yo a Antiocho respetara.
Mas él sus fuerzas empeña
porque a nuestro Dios faltemos;
¿qué extraño es que levantemos
la que él odia hermosa enseña?

Calist. Fatal será vuestra suerte.
Huid conmigo, y encono,
más que vos, contra ese trono
desplegaré hasta la muerte.
Mas no con Judas, con vos;
lo que yo puedo él no puede.

- Macab. Mi resistencia no cede.
- Calist. Pues mal fin tendréis los dos.
- Macab. Tan firme estaré después
como ves ahora mismo
aunque viera yo un abismo
abierto bajo mis pies.
(¡Qué traidor, qué malicioso!)
- Calist. Dudáis de mí según eso,
¡o es que habéis perdido el seso!
- Macab. Es que eres muy dadivoso.
Ofreces, ofreces mucho,
pones raras condiciones.
¡Oh! De tus mismas traiciones
me espanto cuando te escucho.
Yo al rey no le soy traidora;
le he dicho resueltamente
que sirvo constantemente
al rey que mi pecho adora.
Le he dicho que lucharé
puesto que a luchar me incita;
—*señalando el pecho*—
que aquí dentro una voz grita:
“Lucha, lucha por tu fe.”
- Calist. ¡A otro rey servís! Que venga,
que venga aquí en vuestra ayuda,
esta borrasca tan ruda
dudo yo que la contenga.
¡Amáis!
- Macab. Cuanto puedo amar.
- Calist. Siento que tanto os inflame.
¿Podéis la fe descifrar?
Ni la tengo, ni la quiero.
- Macab. Porque descubre tu fondo,
porque entrando en lo más hondo
dice lo que es verdadero.

Calist. En fin, vuestra fe decida;
—*con ironía*—
pensadlo sin arrogancia.

Macab. Yo me retiro a mi estancia,
que otro de mi suerte cuida.

Calist. ¿Dónde está Judas? ¿En dónde?
Resolved ahora. ¡Calláis!
¿Comprendéis dónde ahora estáis?
¿Vuestra fe qué me responde?

—*La Macabea marcha lentamente hacia su estancia. Se para de trecho en trecho mirando al cielo, como arrobada, tal como si en aquellos momentos tuviese una visión feliz.*—

Calist. Os veo, ¡cuán fascinada!
Mirad, fuego hay en mis ojos,
no irritéis más mis enojos.
¿Qué me contestáis?

—*Calisthenes llama la atención de la Macabea vivamente con estas palabras. Ella inspira, mira al cielo, sonrío y al entrar a su estancia, dice con sublime candor:*—

Macab. ¡Ah!, nada.

ESCENA 4ª

Calisthenes, solo.

Calist. En indebida prisión
Antiocho me tuviste.
¡Nada a mis odios resiste!
¡Ah, si llega mi ocasión!
Si se atreve a revelar
esta mujer su secreto,
¡infeliz!, se lo prometo,
su garganta he de segar.

—*Va se segundo término izquierda.*—

ESCENA 5ª

Filarches por segundo término derecha. Después Judas en traje de guerrero. Filarches llega a la pared izquierda de la habitación del primer término, toca un resorte y se abre una puerta secreta pequeña.

- Filar. Entra, la puerta secreta
conoces , no hayas temor.
¿Es cierto lo que me has dicho?

—Sale Judas por dicha puerta secreta.—
- Judas. Cierto, como vivo yo.
- Filar. Mas su legión va de paso.
- Judas. No importa. Nosotros dos
mucho podemos hacer;
mas con sigilo, si no...
- Filar. ¿Veré a Judas Macabeo?
- Judas. Antes que despierte el sol.
¿Le conoces por ventura?
- Filar. No ha habido de ello ocasión.
Tantos años por los montes
va como bestia feroz;
¿con que le veré y a solas?
- Judas. Lo aseguro, sin temor
de equivocarme, de fijo,
oirás bien pronto su voz.
- Filar. ¿Y se marchará de allí?
- Judas. Me espera a mí su valor,
y nunca correrá tanto
como corramos tú y yo.
- Filar. Como el rayo es ese hombre,
activo, terrible, atroz.

Judas. Mientras yo no esté con él
no se moverá.

Filar. ¿No?

Judas. No.

Filar. Con eso me tranquilizas.

Judas. (Favorecedme, mi Dios.)
Le conozco desde niño,
y anhela con grande ardor
que le descubra yo atajos
que en su vida conoció.

Filar. ¿Y quiere venir aún
a agitar la rebelión?

Judas. Desalentado se encuentra.
¡Ah! ¡Tanta sangre corrió!
Le tiene en grave amargura
de esa mujer la prisión.

Filar. Interesa que le vea
y ya verás que el favor
que a él y a mí nos vas a hacer
tendrá galardón.
Tú eres su amigo.

Judas. ¿Qué sabes?

Filar. No tengas cuidado, no.
Que a ese caudillo le aprecies...

Judas. ¿Olvidas la condición?

Filar. No, mas la Macabea
acompañarnos...

Judas. Si no,
no respondo yo del éxito.

Filar. ¡Tal lance, tal precisión!

Judas. Con ella sí, de seguro,
podrás oír tú su voz,
podrás hablarle de cerca,
él siempre con ella fió.
Si vas tan sólo conmigo...

Filar. Mi afán es, en conclusión,
muchos males evitar.

Judas. Y no puede ser mejor.

Filar. Está bien.
—*pensativo*—

La Macabea
va a salir de su prisión.
—*al ir a abrir la puerta de la estancia de la Macabea, dice:*—
¿Qué pierdo por intentarlo?
Mas, ¿qué ruido se oyó?
—*por la puerta secreta*—
Vete por aquí.

Judas. ¿Quién viene?

Filar. Ahí espera. ¡Maldición!

Judas. (Así veré si han llegado
los míos. ¡Quiéralo Dios!)

—*Se entra por la puerta secreta.*—

ESCENA 6ª

Antiocho por puerta derecha 2º término con algunos funcionarios y Filarches. A todos hace el rey señal de que se retiren.

—*Antiocho, solo.*—

Antio. ¿Qué siento en mi corazón?
¿Qué carga sobre mi mente
la oprime constantemente
y la seduce a prisión?
Sombras, quimeras, no son.
Yo busco la soledad,

me ofusca la claridad,
de mí mismo no soy dueño
y esto, malo para mi sueño,
es más en la realidad.
Sé que me cercan traidores.
Sé que el descontento cunde.
Tal vez mi trono se hunde
entre festines y amores.
Pérfidas son estas flores
que, en vez destilar miel,
me hacen apurar la hiel
hasta sus más negras heces.
¡Maldita sea mil veces
mi estrella falsa y cruel!

—*se sienta*—

Al cuerpo fuerzas le faltan,
mis ánimos desfallecen
y aquí en mis entrañas crecen
los dolores que me asaltan.
Si mis pasiones se exaltan,
presto pasa en torno mío
un ambiente que es muy frío
que de los goces me aleja
y que sin piedad me deja,
sin aquel mi antiguo brío.
Mas no me doy por vencido.
¿No queda esperanza alguna?

—*se levanta*—

Probemos, que la fortuna
no me ayudará caído.
Veré de ser lo que he sido:
sagaz con los desleales;
y si a cortar tantos males,
si de una vez a vencer
mucho sangre ha de correr,
corra la sangre a raudales.

ESCENA 7ª

Antiocho y Filarches, a quien el rey llama, desde el dintel de la puerta por donde se fue.

Antio. Buen Filarches.
—*entra éste*—

Esta noche
reinará grande alegría
en el banquete. Mañana,
esfuerzos se necesitan
para dar contra ese hombre
una terrible batida.

Filar. Lo sé, dispuesto está todo;
pero sabed que me anima
la esperanza de quitarle,
tal vez muy pronto, la vida
a ese infame Macabeo
que en vano el triunfo codicia.
Tengo un plan muy meditado.

Antio. Explica ese plan, explica.

Filar. Yo, señor, ante ese hombre
puedo en esta noche misma
llegar, donde estará solo,
y mi intrépida energía
le dará golpe de muerte,
que la dispersión y huída
a los suyos llevará.

Antio. Yo dudo que lo consigas.

Filar. Ya he meditado la entrada;
allí veré la salida.
Dadme permiso.

Antio. Lo tienes.

Filar. (¡Ah!, Filarches, presa rica.)

Antio. ¿Qué piensas tú de Calisthenes?

—*con intención*—

Filar. Que de vuestro solio cuida.

Antio. ¿Me guarda fidelidad?

Filar. Tal vez, pero mucho mira
a su especial interés,
aunque esto mismo no quita...

- Antio. Comprendo. ¿Y pensó, quizás,
en esa mujer altiva?
- Filar. —*con ironía*—
¡Oh!, pensar sí, más amarla...
no la considera digna
de su tierno corazón.
- Antio. —*pensativo*—
Obsérvalos, me conviene.
- Filar. (¡Qué pensaré, qué medita!)
- Antio. Dicen, y no es de extrañar,
que han llegado unos espías
entre los nuevos soldados
que de mi corte me envían.
- Filar. Yo sus planes destruiré.
No me alarma la noticia.
- Antio. —*con desconfianza*—
Alerta, pues; ve y observa
si otro alboroto germina.
Aquí estaré, luego irás
en busca de...
- Filar. —*con confianza*—
De mi víctima.
- Va se Filarches, 2º término derecha.*—

ESCENA 8ª

Antiocho, solo.

- Antio. Algo Calisthenes trama,
que es ya clara su perfidia.
¿Por qué si sé que es traidor
tiene la indulgencia mía?
Mis secretos él los sabe;
mas si él sabe de mi vida
matarle debí por eso
y no tener un espía.

¡Qué haré! ¡Me venden los míos!
Judas con saña me mira;
y todos... pero, ¡Oh furor!
Si esta mujer tan altiva
se doblegase... quizás
mi constancia lo consiga.

—*Abre la puerta de la estancia de la Macabea.*—

ESCENA 9ª

Antiocho, después la Macabea.

Antio. Ya ves que en tu soledad
te tratan bien cual mereces.
Acércate.

—*Sale la Macabea.*—

Antio. ¡Ah! Con creces
pagar debes mi ansiedad.

Macab. Mucho he pensado en mis hijos;
más que en mí.

Antio. ¡Tan buena madre!

Macab. ¿En quién vos, pues que sois padre,
tenéis vuestros ojos fijos?

Antio. Dices bien, aquí, a tu lado,
todo lo tengo pensado,
que nada olvida mi afán.
Mas en la nación que rijo
debo exigir, como rey,
que acaten todos mi ley
y de vosotros lo exijo.

Macab. Mas ved que a los que tenemos
una creencia que es justa
no ha de venir ley adusta
a exigir que la olvidemos.
Mandad, y será ley buena,
que esa creencia se respete.

¿Por qué una ley se entromete
a forjar nuestra cadena?
¿Se salvará el trono así?
No, mi rey, os lo aseguro.

Antio. Tu corazón es muy puro;
yo me fiara de ti.
Mas el pueblo está obcecado.
En fin... no puedo, no puedo.
Será humillación si cedo,
lo impide razón de Estado.

Macab. No lo impide la justicia.

Antio. Juzgas por tu corazón.

Macab. Vos por torcida pasión.

Antio. No me arguyas de malicia.
Ya dije que no es posible.

Macab. Vos, como rey, disponed;
yo aconsejo, pero ved
que estáis en trance terrible.

Antio. ¿Son amenazas?

Macab. Consejos.

Antio. Algo de amenazas tienen,
no muy disfrazadas vienen.

Macab. De amenazas estoy lejos.

Antio. Óyeme. Mi regio manto
puede cobijarte a ti,
si me ayudaras a mí
cesaba todo quebranto.

Macab. Tienes ya una compañera.

Antio. La tuve.

Macab. ¿Qué? ¿La dejáis?

Si es que así su honor miráis
mañana así yo me viera.

Antio. Si tú debieras ser mía,
suprema ley me obligaba
y todo se desataba.
¿Quién se nos atreviera?

Macab. Señor, tengo compañero.

Antio. Sé que lo tienes, que amas
y que en ese amor te inflamas.

Macab. Por esos amores muero.
¿Os faltó con esto yo?

Antio. Calisthenes, ¡oh!, te agrada.
¡De él te ves muy bien amada!

Macab. ¿Quién así me calumnió?

Antio. Calumnia, dices, no a fe;
de amor señales yo vi,
yo mismo lo colegí,
de dichos no me llevé.

Macab. Es otro, señor, mi dueño,
me dará bonanza cierta;
con él me alegro despierta
y hablo con él cuando sueño.

Antio. ¡Judas, tal vez!

Macab. No, lo dije
muchas veces y bien claro,
no tengo en ello reparo,
es... el que todo lo rige.

—*irritado*—

Antio. ¡Como siempre! ¡Sí, tu Dios!

Macab. Mi Dios, mi Dios, ese mismo.

Antio. Ese Dios es la mentira.

Macab. Que ahora a vos y a mí nos mira.

Antio. Es el Dios de tu egoísmo.
Déjate ya de ilusiones.

Macab. Pensad que habéis de morir.

—*Antiocho se estremece.*—

Antio. Yo pienso... que he de vivir.
En fin, basta de razones.
Yo le desprecio.

—*Da un leve relámpago.*—

Macab. Mi alma
acaba de ser herida.
Así al autor de la vida...
Despreciadme a mí.

—*con mofa*—

Antio. Ten calma.

Macab. Podéis mi cuerpo matar,
me haréis cien y cien pedazos;
los que a él me unen, dulces lazos,
no los podéis desatar.

Antio. ¡Fanática, siempre igual!

Macab. ¡Siempre con fe y esperanza!

Antio. Pues advierte, sí, que avanza
la hora de tu grave mal.

Macab. Aceleráis mi deseo.
—*cariñosamente*—
Sed de mi Dios.

—*Un relámpago.*—

Antio. ¡Le maldigo, le maldigo,
a ese Dios que no veo!

—*de rodillas*—
Macab. Callad, callad, sois su hijo.
Callad, pues aunque no os cuadre
Él es vuestro mejor padre;
Antio. esto es lo cierto, lo fijo.

—*Antiocho hace levantar irritado a la Macabea. Toca en la puerta del foro, se abre ésta, que debe ser grande, se deja ver un magnífico salón con mesa preparada para el banquete; luces con profusión, varios personajes esperan allí de pie; y Antiocho, haciendo un esfuerzo, se tranquiliza y les dice, algo conmovido sin embargo:*)

Antio. No sé si la Macabea
se dignará presidir.
En su mano está elegir,
su acción voluntaria sea.

Macab. Si aquí sus hijos no están,
¿qué ha de hacer la madre en tanto?

—*hipócritamente*—
Antio. Respeto tu justo llanto,
mas ellos presto vendrán.
¿Qué eliges?

Macab. La noche entera
pasaré yo en mi agonía;
luego ha de venir el día
y será... lo que Dios quiera

—*Va se a su estancia. Antiocho marcha hacia la sala del festín. De derecha de la sala viene Filarches al encuentro del rey.*—

ESCENA 10ª

Filar. *Antiocho y Filarches.*

Filar. ¿Me permitiréis, señor,
que obre yo con libertad?
Os lo ruego, reparad
que está en mi mano el traidor.

Antio. ¿Qué traidor?

Filar. Hablo de Judas.
Le traeré a vuestra presencia
vivo o muerto.

Antio. ¡Qué creencia!

Filar. Pues desechad vuestras dudas.

Antio. ¿Y bien?

Filar. Con esa mujer
debo ausentarme de aquí.

Antio. ¡Con ella! ¡Qué es lo que oí!
Eso nunca puede ser.
Y por qué no te acompaña
de la más bizarra gente...

Filar. ¡Ah!, señor, no es conveniente.

Antio. (Cómo cunde la cizaña.
Le observaré a este también.)
Ve solo, lleva cuidado.

Filar. Cuando esta empresa he tomado
a mi cargo, saldrá bien.

—*Antiocho se dirige a los que esperan en el salón.*—

Antio. A gozar de las delicias
que la mesa proporciona,
y a pesar de mi corona
usaréis ciertas franquicias.
Y mañana otro festín
en los montes nos espera,
que a nuestros pies una fiera
vendrá al toque de clarín.

—*Un trueno lejano. Entrase el rey en el salón, cierran la puerta foral. De vez en cuando se oye ruido como de brindis, etc.*—

ESCENA 11^a

Filarches, solo.

Filar. ¡Qué noche tan horrorosa!
¡Cuán zumba la tempestad!
Un presentimiento tengo
de que fracasa mi plan.

—*Se acerca a puerta foral, escucha y dice:—*

Corazón, nada te arredre,
quizás todo bien saldrá.
Mientras todos en placeres
ya sumergidos están,
resolvamos la partida,
bien saben que soy leal.

—*Se acerca a la puerta secreta y al ir a abrir se presenta Calisthenes.—*

ESCENA 12^a

Filarches y Calisthenes.

Calist. ¡Ah!, Filarches.

Filar. ¿Qué sucede?
(Calisthenes es un escollo)

Calist. ¿Sabes que la Macabea
piensa en nuevos alborotos
y al serle traidora al rey
también lo ha sido a nosotros?

Filar. No lo dudo.

Calist. El rey me mira
con ademán desdeñoso.

Filar. Por tu desgracia, esto es cierto,
yo en el rey también lo noto.

Calist. ¿Qué habrá dicho esa mujer?
¡Ah!, del festín yo me escondo.

Filar. ¿La amas tú? Di la verdad.

—*con desprecio*—

Calist. ¡Amarla yo!

Filar. Te conozco.

Calist. Por satisfacer al rey
todo me parece poco
y esta noche daré pruebas
que vindiquen mi amor propio.

Filar. ¿Qué pruebas?

Calist. Grandes serán.
De Judas los más celosos
defensores, esta noche
morirán; de sangre arroyos
van a correr, no lo dudes;
y pondré a los perniciosos
hijos de la Macabea
con ella en un calabozo.

Filar. No te detengas, lo aplaudo.

Calist. Sangre y horror ambiciono,
el templo voy a incendiar;
en fin, ha de ser asombro
lo que haré, tú haz otro tanto
que yo a ejecutarlo corro.

—*Trueno lejano.*—

Filar. Te secundaré, verás
qué empresa sobre mí tomo.

—*Se oyen brindis.*—

Calist. Volemos, yo por aquí.
Esto lo oigo con encono.

Filar. Y yo por aquí; veremos
el que será más dichoso.

—*Van se. Filarches por 2º término derecha y por igual término izquierda Calisthenes.*—

ESCENA 13ª

Filarches vuelve al momento mirando a todas partes receloso. Abre la puerta secreta; pero antes se oye un cántico entonado en el festín; le presta oído por unos instantes y cesa el canto al poco.

Canto

Riamos, gocemos,
la dicha está aquí;
en dulces placeres
consiste el vivir.
Ninguno se iguala,
¡Oh! rey nuestro, a ti,
aplaudan tus hechos
los siglos sin fin.

Filarches, después Judas.

Filar. Oye, no perdamos tiempo,
Un corazón en ti fía.
¿Estás seguro?

—*Sale Judas.*—

Judas. Seguro.
Vas a lograr lo que ansías.
¿Y esa mujer?

Filar. No es posible
que en esta noche nos siga.

Judas. ¿Y sin ella para qué?
Todo, amigo, en ella estriba.

Filar. No es posible, no es posible.

—señalando a la estancia de la Macabea—

Judas. ¿Con que es aquí donde habita?

Filar. Sí, mas vámonos.

Judas. (¡Dios me ayude!)

Filar. ¿Ese afán qué significa?

Judas. Preciso es que se realice
con nosotros su venida.

Filar. Que no, digo, vamos.

Judas. Vamos.

—*Judas entra en la habitación de la Macabea y la saca de la mano.*—

Filar. ¿Qué haces?

—*a ella*—

Judas. De mí nada digas.

—*a él*—

Judas. Ya lo ves.

Macab. ¿Qué me queréis?

Filar. ¡Oh! Jamás.

Judas. La luz del día
con ella nos vea en el campo;
esto salva muchas vidas.

—*Filarches se pone delante de la puerta secreta y dice:*—

Filar. Con ella no.

—*Se oye ruido como de levantarse de la mesa del festín. Al comenzar a abrirse la puerta foral dice Filarches a Judas.*—

Filar. Conozco el sitio; en mí fía.

—*Se entra por dicha última puerta, que deja entreabierta. Abren la puerta del foro. Antiocho se adelanta con algunos convidados, que se quedan junto a dicha puerta.*)

ESCENA 14^a

Antiocho, Macabea, Filarches y convidados.

Antio. —*a la Macabea*—
¿Aquí tú? La tempestad
te ha acobardado, sin duda.

—*Relámpago y trueno regular.*—

Macab. No, señor, esa voz ruda
lleva sólo majestad.

Antio. —*con ironía*—
La vianda que te agrada
dispuesta está.

Macab. ¡Qué ironía!
Me está prohibida.

Antio. Falsía
es de mente obcecada.
¡Qué necia temeridad!
Para disfrutar nacimos,
gocemos mientras vivimos,
que en eso está la verdad.
En lo grande y lo pequeño
no haces lo que mando yo.

Macab. Hay quien a mí me mandó
y lo obedezco.

Antio. ¡Qué sueño!
Esperad.
—*a los circunstantes, haciéndoles que se retiren al salón del festín, y lo hacen*—

¿Quieres ser mía?
Yo anhelo sólo tu bien.

Bien pronto sobre tu sien
la corona luciría.
Del reino la paz por ti
hoy, si quieres, dulce vibra;
ves qué de males me libra
¡ay! tu amor; dime que sí.

Macab. Veces mil di la respuesta.

Antio. Finge siquiera que me amas.

Macab. Esas son muy viles tramas.

Antio. No te seas tú funesta.
Aparenta sólo un día
que ayudas mis intenciones;
esto basta, tus acciones
llevan dolor o alegría.

Macab. Me es imposible, señor.

Antio. Pues si soy tu señor, mando
que obedezcas; me ves blando,
no provoques mi furor.

Macab. Pero, ¿he de ser yo traidora
a lo que me manda Dios?
Si a él os sometierais vos,
no hubiera angustias ahora.
Hay otro poder más alto.

Antio. Le maldigo, le detesto.

Macab. ¡Callad!

Antio. Resuélvete presto,
que más cada vez me exalto.

Macab. Ya resolví.

Antio. ¿Sí? Pues bien,
si de lo que ahora yo diga
te me muestras enemiga
¿quién ha de librarte? ¿Quién?

—*Antiocho finge a los convidados que la Macabea le ayuda*—

Venid, que grande placer
tengo al cabo en anunciar
que su auxilio nos va a dar
esta valiente mujer.

—*con gran sorpresa*—

Macab. Vuestro rey...

Antio. (Calla)

Macab. (No debo)
Quiere asaltar la muralla...

Antio. (Ahora, pues conviene, calla.)
—*con dulzura*—
(¿Te atreverás?)

Macab. Sí me atrevo.
—*a los circunstantes*—
Oídlo bien, soy la misma.

—*a los suyos, que muestran júbilo y se oyen murmullos de
aprobación*—

Antio. Alegraos. Ven conmigo.

Macab. —*esforzando la voz*—
Entended bien lo que digo.

Su transformación la abisma.

—*Antiocho quiere llevarse a la Macabea; siguen los
murmillos.*—

Macab. ¡Dios mío, sálvame!

—*Relámpago y trueno cercano.*—

ESCENA 15^a

*Dichos y Judas, que sale por puerta 2^o término derecha.
Sorpresa.*

- Judas. ¡Oh rey!
 No buscáis hacer violencia.
 Dejadla con su conciencia.
- Macab. Que aquí mi conciencia es ley.
- Antio. ¿A qué entraste aquí, soldado?
 ¡Así te atreves!
- Filar. —*con ira reconcentrada*—
 (¡Traidor!)
- Antio. A que hables con tal valor
 ¿quién la facultad te ha dado?
 —*a la Macabea*—
 Ven conmigo.
 —*a Judas*—
 Y tú...
- Judas. Yo ahora
 no pido más que justicia.
- Antio. ¡Cómo!
 —*Todos desenvainan los aceros.*—
- Macab. Quietos
 Su malicia
 pagará.
- Judas. Llegó la hora.
 —*Judas va rápidamente a la puerta secreta, se abre, dirige
 la voz hacia la escalera y dice:*—
- Judas. Aquí mi valor espera...
- Antio. ¿Y qué esperas? ¡Insolente!
 —*Sale Calisthenes con soldados por la puerta secreta.
 Sorpresa general.*—

ESCENA 16^a

Calist. ¡Señor!

Judas y
Macab. ¡Ah!

—*Retroceden a sitio opuesto.*—

Calist. Yo vi la gente
agolparse a esa escalera;
—*Trueno cercano.*—
murieron muchos.

—*a Calisthenes*—

Judas. ¡Infame!

Antio. Que muera presto.

Macab. Esperad.
¡Oh rey! Mi voz escuchad:
dejad que en su favor clame.
A solas hablaros quiero.

—*Se ven a lo lejos llamas en un edificio por una gran ventana
de último término, o foro del salón del festín.*—

Calist. ¡Ved! El templo yo incendié;
y a sus hijos encerré.
—*señalando a la Macabea*—

Judas. ¡Temed al Dios verdadero!

Antio. ¡Matadle!
—*señalando a Judas*—

Filar. Muera esta grey.

Antio. ¡Oh! Sí será, sí. ¡Qué veo!
—*reconociendo a Judas*—

—*Calisthenes, con otros, se ha lanzado sobre Judas. Breve
lucha.*—

Judas. Yo soy

—Relámpago y trueno espantoso. Cae un rayo en la misma habitación. Consternación general. La Macabea quiso interponerse y Filarches la coge de la mano y la arrastra hacia el rey. Suspensión de la lucha. Se les caen a algunos las armas de las manos.—

Antio. *—temblando—*
¡Judas Macabeo!
—señalando hacia él—

Macab. ¡Huye!
—a Judas con voz terrible—

Judas. *—señalando al cielo—*
¡Me salva mi rey!
—Lo dice con voz fuerte y va se precipitadamente por el salón del festín.—

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO 3º

Valle de Josafat en distinta perspectiva que en el acto primero. Jerusalem se ve en lontananza de frente. A la izquierda, foro, se eleva una mediana colina, y en derredor el terreno es quebrado. Tiendas de campaña en distintos puntos cerca y lejos. Una tienda regia casi paralela a la colina, en el foro derecha. En sitios no muy cercanos se ven algunos centinelas.

ESCENA 1ª

Calisthenes solo.

Calist. Al fin el rey me sonrío,
ya duda menos de mí;
de que valgo y le aprovecho
tengo dadas pruebas mil.
Esas últimas hazañas
que tan resuelto emprendí
le agradaron. Ojalá
que no trasluzca mi fin.
Honores tengo y riquezas,
¿quién sabe si puesta en mí
tiene el pueblo sus miradas
y de uno en otro confín
llevará mi nombre en triunfo
al ver mi fuerza y mi ardid?
Sigamos, que el corazón
me está diciendo que sí.

ESCENA 2ª

Dicho y Filarches.

Calist. ¿Qué dicen de las visiones
que han fascinado el sentido
del pueblo y soldados?

Filar. ¡Bah!
Lo que ya oíste tú mismo;
todo eso es imaginario.

Calist. Eso dije y eso digo.

Filar. ¡Ah! Bien mirado, Calisthenes,
¡qué necios anoche fuimos!
El rayo nos aterró.

Calist. Os quedasteis confundidos.

Filar. ¡Nos quedamos! ¡Pues y tú?
El temblor no se te ha ido.

Calist. No lo creas, que bien fuerte
en peores lances me he visto.

Filar. Será cierto, pero anoche...

Calist. En verdad que no me explico
cómo a Judas Macabeo...

Filar. ¡Qué ocasión! (Nada han sabido.
Si descubierto se hubiera...)
¡Qué ocasión!

Calist. Favor divino,
dice el pueblo de Israel...

Filar. En ese pueblo no hay juicio;
augurios o profecías
de su escritura el sentido
siempre aplicando, y sujetos
siempre a tanto desatino
que dicen que su Dios baja,
y aún que les habla al oído.
Pero vamos a lo cierto.
Cuando te vi en un abismo
para con el rey, de pronto
ya se estiman tus servicios.

Calist. Mas advierto un no sé qué...

Filar. Y yo también he advertido...
Ya no te deslumbrará
la mujer de tus delirios.

Calist. La Macabea es muy poco
para estar al lado mío.

Filar. Será verdad, si se piensa,
en que siempre has sido altivo.

Calist. Su vista no me repugna,
y aunque la odio a veces, miro
con ansiedad su semblante,
porque a mí me gusta el brío
y el valor y la grandeza
de esa mujer. Sus suspiros
me enternecen, es verdad,
mas esto de amor no es hijo.

Filar. Te enternecen, bien lo creo,
¡eres tan blando y benigno!

Calist. En su escuela yo aprendí.
Déjate de desvaríos.
Lo que somos, eso somos;
y tú y yo bien convencidos
estamos de que valemos
y necesitamos... brillo
—*con interés*—
¿Y qué dice esa mujer?

Filar. Piensa en un ser infinito.
A todos nos aborrece.

Calist. Cercano tiene el castigo.
Ella siga con sus odios,
yo la pago con lo mismo.
¿Y por qué al campo, a la lucha,
con el rey no hemos salido?

Filar. ¿La causa ignoras?

Calist. La ignoro.
¿Alguien a ti te la ha dicho?

Filar. No, mas presumo la que es.

Calist. ¿Cuál?

Filar. Nuestro inmediato auxilio
no lo quiere el rey; quizás
nos tiene por poco adictos.

Calist. ¡Ah! Se engaña.

Filar. Sí, se engaña;
por una parte estoy tranquilo.

Calist. (Aún me han de honrar al fin.)

Filar. (Del rey en la gracia vivo.)
—*Se oyen gritos lejanos.*—

Filar. ¿Oyes, Calisthenes?

Calist. Lo oigo.

Filar. ¿Quiénes serán los vencidos?
¡Si el rey no estuviera enfermo!

Calist. Mas ya ves, cual fuego activo,
va quemando sus entrañas su mal.

Filar. Dicen los judíos
que pues profanó del templo
los vasos, es un delito
que está expiando y que en breve
ha de morir. Yo me río.

Calist. Haces bien. El rey se acerca.
—*Dice esto Calisthenes desde muy alto, mirando hacia foro
izquierda. Se oyen fuertes rumores y algún grito lejanos.*—
Ahí, en ese puesto fijo —*en la colina*—
espera. Yo quedo aquí —*junto a la tienda real*—
ocupando el puesto mío.

Filar. Bien lo dispones, por cierto.
(Él siempre en el mejor sitio.)

ESCENA 3ª

Dichos. Llegan soldados, ocupan diferentes puntos, se oyen algunas trompetas en acordado concierto y llega Antiocho a caballo con varios jefes. Al llegar a su tienda se apea, pero con dificultad, haciendo algún ademán que manifieste su dolencia. La cuarteta primera que sigue la dice a caballo.

- Antio. Vasallos, batalla ruda
se ha tenido que librar;
completo triunfo esperar
debemos, ¡ya quién lo duda?
—*se apea*—
Cobardemente han huído
los que osados me ofendieron
una vez, mas todos vieron
que aún he de ser lo que he sido.
Hoy se afirma mi corona,
que mi estrella brilla pura;
para Judas la amargura,
su ciego Dios le abandona.
¡Ah! Pregone en este día
mi venganza el raudo viento;
después del grande escarmiento
volvamos a Antiochía.
- Filar. ¡Honor al rey!
- Calist. Siempre honor
al que al enemigo humilla;
afilemos la cuchilla
y concluya ese traidor.
- Antio. Cada cual vaya a su puesto
—*Se retiran los jefes y soldados quedando algunos en lejanos
puestos.*—
que el que con taimada acción
es jefe de rebelión
vendrá a mi poder bien presto.
Acercáos.
—*a Calisthenes y Filarches*—
Queda aquí.
—*a Filarches, colocándolo junto a la tienda regia*—
Tú,
—*a Calisthenes con severidad*—
si no traes prisionero
a Judas... Así lo quiero,
bien me conoces a mí.
- Calist. Señor.

- Filar. —*a Calisthenes*—
(Se eclipsa tu estrella.)
- Calist. (No tal.) Yo, señor, acato
vuestro rígido mandato.
- Antio. A cumplirlo.
—*haciéndole señal de que parta*—
- Filar. (El labio sella.)
—*a Calisthenes, que se va irritado por foro izquierda*—

ESCENA 4ª

Antiocho y Filarches.

- Filar. Ved, señor, que estoy confuso
y mi corazón se abruma
al ver vuestras inquietudes.
¿Dónde queréis que yo acuda?
¿Qué debo hacer por serviros?
Alentaos que la fortuna
claramente, según veo,
vuestros esfuerzos ayuda.
- Antio. ¿Y qué siguen relatando
de esas visiones que cruzan
por los aires, y los planes
de los judíos secundan?
—*con desdén y recelo*—
- Filar. Misteriosos caballeros
con sus armas que deslumbran,
se cuenta que entre las nubes...
- Antio. Sueños son.
- Filar. ¿Y quién lo duda?
- Antio. ¡Ay!
—*llevándose las manos el pecho*—
- Filar. ¡Señor!

Antio. ¡Terrible mal!
Toda esperanza rehúsa.
¡Qué postración! ¡Esto es grave!
Una ansiedad me circunda,
que esto no es vivir; y a tiempo
los traidores de esto abusan
—*se sienta*—
y hundirme quieren.

Filar. ¿Habéis
en mí visto alguna culpa?

Antio. No, no, siempre me quisiste.
Tu voz mis duelos endulza
y parte de mi esperanza
en ti y en pocos se funda.

Filar. Por vos hice derramar
lágrimas y sangre mucha.
¡A cuántos, por vos, maté
a favor de noche oscura!
Hubo ocasiones, señor,
en que me llamaron Furia
y no había acción ni peligro
que mis ánimos rehúyan.

Antio. Todo tendrá recompensa
si mis soldados hoy triunfan.

—*Antiocho se acerca lentamente a su tienda.
Al entrar en ella dice:—*

Antio. A esa mujer, sin tardanza,
a mi presencia conduzcan.
Tú de aquí no te separes.
¡Oh, suerte infausta y sañuda!
—*se entra*—

ESCENA 5ª

Mientras el rey ha dicho el último verso, Filarches da orden secreta a uno de los soldados cercanos para que traigan a la Macabea.

Filarches, solo.

Filar. Para mí la confianza,
a Calisthenes desdén;
más que él honrado he de verme
y esto, de fijo, lo sé.
Si a enturbiar mis alegrías
se atreviera, ¡pobre de él!
Mi acero le diera el pago
y a mí el rey el parabien,
que le aborrece sin duda
desde que traidor le fue.
Mas él se acerca; veremos
quién es el que vence a quién.

ESCENA 6ª

Dicho y Calisthenes despavorido.

Calist. Esperadme en aquel sitio.
—*a los que se supone que le acompañan por foro izquierda*—
Amigo, llegó el momento;
nuestra ruina está cercana.

Filar. ¿Qué es de Judas Macabeo?

Calist. Falsa retirada hizo
y busca mayor refuerzo.

Filar. Mas, ¿dónde está?

Calist. No lo sé.
Dicen que se encuentra lejos.
¡Ah! Yo no puedo cumplir
de nuestro rey el precepto.
¡Con qué he de vencer a Judas?
Yo más que Judas no puedo.

Filar. El conflicto en que te ves,
Calisthenes, bien lo siento.
El rey es tan...

Calist. Exigente.

Filar. Sus mandatos son severos.

Calist. Y no mira si es posible
o no darles cumplimiento.

—*Se acerca Filarches a la tienda del rey y dice:—*

Filar. Duerme el rey. Bien necesita
de gran descanso su cuerpo.

Calist. ¿Y qué podrá suceder?

Filar. Nada para ti muy bueno.

Calist. Tú ante el rey no me defiendes,
eres envidioso y... necio,
y reirás si me hundo;
mas no, que juntos iremos
y el escombros que me cubra
ha de cubrirte a ti a un tiempo.

Filar. Yo cumplí con mis deberes
y tus palabras desprecio.

Calist. Oirá de ti el soberano
lo que escondo en este pecho.

Filar. Lleva cuidado, Calisthenes,
pues vigilo hasta tus gestos.

Calist. Así eres tú.

Filar. Dices bien,
hoy sí que nos conocemos.

ESCENA 7ª

Dichos y la Macabea por 2º término derecha conducida por soldados que se retiran.

Macab. ¿No está aquí el rey? Me retiro.

Filar. Está, pero duerme ahora.

Macab. Pues a mi tienda.
—*quiere irse*—

Calist. No tal,
esperad que no estáis sola.
Yo tengo que proponeros...

Macab. ¡Otra amargura más honda!

Filar. Debo despertar al rey.

Calist. Aguarda, que si ella aboga
un momento por nosotros
su propia salud abona.

Macab. ¿Qué esperas de mí, qué esperas?

Calist. Ya la rebelión, que sorda
iba minando terrible
del pueblo las clases todas,
hoy claramente se muestra
y en el mal del rey se goza.

Macab. ¡Loado sea el Dios de los buenos!

Calist. Esa alabanza os desdora.
Los buenos somos nosotros.

Macab. Ya lo dicen vuestras obras.

Calist. Dadme, y escrita, una orden
para que Judas se esconda
de los suyos y que venga
solo, solo.

Macab. ¡A la mazmorra!

Calist. No, que yo le salvaré.

Macab. ¡Si está salvo!

Calist. No hay tal cosa.
Así nos salvamos todos.

Macab. Proposición enojosa,
proposición que tu mente,
que lucha entre mil congojas,
acaricia sin pensar
que yo soy como una roca.
Firme estoy, firme estaré,
pues una voz misteriosa
me dice que llega el triunfo,
voz que de aquí no se borra.
—*del pecho*—

—*Filarches se va a despertar al rey.*—

Calist. ¡Dad la orden!

Macab. ¡Basta ya!

—*Va se precipitada.*—

Calist. ¡Oh, mi cabeza está loca!
Yo me vengaré de todos
—*recalcándose en esta última palabra*—
antes que llegue otra aurora.

—*Va se por 2º término izquierda.*—

ESCENA 8ª

*Antiocho, desde dentro de su tienda, comienza a hablar.
Sale soñoliento.*

Antiocho y Filarches.

Antio. Que yo sucumbiré, ¡funesta sombra!
¿Por qué mis sueños sin cesar intentas,

traidora, ennegrecer? ¡Llamas a cuentas
a este rey a quien nada ya le asombra!

—sale—

¡Que yo sucumbiré! ¿Quién te lo dijo?
Ahora despierto estoy; aquí me tienes;
dime sin sonreírte a lo que vienes
ahora que el pensamiento se haya fijo.

—*Filarches, al ver que no está allí la Macabea, da orden en
secreto a algún soldado para la conduzcan.*—

¡Que sangre derramé! Mas, ¿qué te importa?

¡Que dejé arder el templo bien tranquilo!

¡Que es tu cuchilla de funesto filo!

Ven, ven y el tiempo de mi vida corta.

Si hubiese yo matado a los traidores,
margin a que triunfases no habría dado;

mas hoy permitiré mi fatal hado
que vea quiénes son mis servidores.

Huye de aquí, fantasma; mi cabeza

aún luce con espléndida corona,

a mí este corazón no me abandona,

aún le parece que a luchar empieza.

¿Quién eres tú?

—a *Filarches*—

Mas, ¡ah!, no me contestes;

No te aborrezco a ti, tú eres mi amigo.

Calist. ¡Señor!

Antio. No te aborrezco, ven conmigo
y que me sigan las mejores huestes.

Filar. Señor, tranquilizaos, no está perdido
todo.

Antio. ¿No está?

Filar. Lo sé, lo sé bien cierto.
Judas va huyendo al fin.

Antio. ¡Pero no ha muerto!

Filar. No ha muerto, no.

- Antio. Yo pienso que él avanza.
¿No lo oíste decir?
- Filar. También lo dicen.
- Antio. ¡Y ciegos a ese hombre nos maldicen!
- Filar. Ciegos están, mas vana es su esperanza.
- Antio. Aprestaos a salir en el instante.
Yo marcharé también (mas ¡ay! no puedo)
Yo, amigo, por ahora aquí me quedo,
con vosotros no más es lo bastante.
- Filar. Marcho, señor, la gente es escogida.
- Antio. (Tengo temor.) Espera, fue de un sueño
pesadilla no más; yo soy el dueño,
no corre, no, peligro aquí mi vida.
- Filar. Es muy cierto señor, y yo respondo.
- Antio. Quietos todos aquí; venga el valiente,
venga y arranque de mi augusta frente
la diadema, que ante él yo no me escondo,
Venga, si aún otra vez se atreve a tanto;
Aún me defienden muchos corazones,
venga y vierta su sangre a borbotones
y en vez de triunfo le cobije espanto.
Y Calisthenes, ¿vino?
- Filar. Ha pretendido ahora
que esa mujer orden le diera
para que Judas, solo, aquí viniera.
- Antio. ¿Y la dio?
- Filar. No señor.
- Antio. Ya me decido.
¿Dónde está esa mujer?
- Filar. —*señala hacia donde traen a la Macabea*—
Vedla.

Antio. ¡Culpable!
Fuera misericordia, que mi trono
está asediado de terrible encono.
¡No haya piedad para esa miserable!

ESCENA 9ª

Dichos y la Macabea. Los soldados que la conducen se retiran algo.

Macab. Si inocentes son, señor,
mis hijos, dejadlos ir;
conmigo quieren sufrir,
mas sola quiero el dolor.
Están en la oscuridad,
y hambre, señor, han tenido,
pues en estudiado olvido
se les deja sin piedad.
Nunca tal rigor creí.
¡Ay!, ¡son mis hijos del alma!
¿Vierais, vos, acaso en calma
a vuestros hijos así?

Antio. Hambre dices, no por cierto.

Macab. Hambre y rigores no pocos.

Antio. Mis soldados...

Macab. Están locos.

Antio. ¿Y si los hubieran muerto?

Macab. ¡Muerto! Son muy criminales
mis pobres hijos, es claro;
que mueran... esto no es raro
en vuestros ricos anales.
¡Que mueran! No temblarán
ante el cuchillo ni el fuego.

Antio. Bien, morirán desde luego.

Macab. Pues muriendo vivirán.

Antio. Locuras de una mujer
 que puede salvarlo todo.

Macab. Pues ved que no advierto el modo.

Antio. Si no fueras lo que ayer.

Macab. ¿Y qué quieres que yo sea?

Antio. Sé mía, o a mis mandatos
 no les hagáis desacatos.
 Haz que esto en vosotros vea.
 Si en apariencia no más
 queréis amarme...

Macab. Señor,
 ¡si ya os hablé de mi amor!

Antio. ¿Y en ese amor seguirás?

Macab. Hasta la muerte.

Antio. ¿Lo quieres?
 Se cumplirá tu deseo.
 Con la sonrisa que veo
 ¡piensas que el alma me hieres!
 ¡Sonríe!

Macab. Si me sonrío
 es porque veo a mi amante
 ahora mismo aquí delante.
 ¿Y le he de hacer un desvío?

—*Se oyen trompetas a lo lejos.*—

Antio. ¡Ah!, mis clarines... La lucha
 tal vez, sí, tal vez concluye.

—*Entra un jefe apresurado por 2º término izquierda y dice:*—

Jefe. Señor, el traidor ya huye.

- Antio. ¿Los estáis viendo?
—*al jefe que se va*—
Vuelve.
—*a la Macabea*—
Escucha.
Vuestra causa está perdida,
vuestro Dios os abandona,
segura está mi corona
y bien segura mi vida.
¿A qué tanta terquedad?
Vuestro Dios...
- Macab. Él nos defiende,
sin duda un ángel desciende...
- Antio. ¿Sí? Pues que os tenga piedad.
—*con mofa*—
Será el blanco caballero
que dicen que se presenta
y al traidor Judas alienta.
- Macab. Sí, sí, eso es verdadero.
- Antio. Resuélvete, ya no aguardo
a nuevos azares, no.
- Filar. Que se resuelva, que yo
para matar no soy tardo.
- Macab. ¡Matar! ¡Qué proposiciones!
- Filar. Nosotros somos leales.
—*enérgica*—
- Macab. Sois todos en todo iguales.
¡Qué perversos corazones!
- Antio. ¡Perversos dices! Ya estalla
por completo mi energía,
hoy es de vengarme día,
no habrá ya nueva batalla.
Mi furor vuela deshecho.
(Mas ¡ay! mis fuerzas se van.)
—*A Filarches.*—

Di, ¿sus hijos dónde están?
(¿Qué tengo dentro del pecho?)

Filar. Cerca de aquí.

Macab. —*sin ruego*—
Ten clemencia.

Antio. (Tal vez su vista quebrante
esa terquedad constante.)
—*A Filarches que va a por los hijos de la Macabea.*—
Pues vengan a mi presencia.

ESCENA 10ª

Dichos menos Filarches.

Macab. ¿Qué pensáis hacer?

Antio. Su madre
va a disponer de su suerte;
cercana tienen la muerte.

Macab. Al cabo haréis lo que os cuadre.
No sois hombre, sino fiera.

Antio. Ahora verás lo que intento.

Macab. Será un bello pensamiento.
Mas nuestro Dios...

Antio. No lo nombres.

Macab. Esa palabra os agita,
os perturba, os irrita.

Antio. De mi furor no te asombres.
¡Lloras?!

Macab. —*enérgica*—
No, por vida mía.
Ya no habrá en mis ojos luto;
ni aún tan natural tributo
pagaré, tendré alegría.

Antio. ¡Y soy yo la fiera dura!
¡Cómo te aturde el delirio!

Macab. ¿Pues no sabéis que el martirio
del cielo es llave segura?

—*El mismo jefe anterior sale y dice:*—

Jefe. Señor, Judas Macabeo
de Calisthenes seguido
será pronto conducido
ante vos.

Macab. ¡Pobre deseo!

Antio. Pobre pero verdadero.
—*al jefe*—
Vuelve al punto a la campaña
y como lobos, con saña,
dad golpe final certero.

—*Va se el jefe. Antiocho mira al punto por donde traen a los hijos de la Macabea.*—

Antio. El pueblo curioso acude.
Bien, tengamos tolerancia,
tal vez su propia arrogancia
mi paciencia en ira mude.

ESCENA 11^a

Dichos y Filarches, soldados y pueblo que queda algo retirado por de pronto.

Filar. Señor, vuestra orden cumplí.

Antio. ¿Dónde están?

Macab. Sí, ¿dónde están?

—*a Filarches*—

Antio. Sí, satisface tú ese afán.

- Filar. ¡Pues si los tenéis ahí!
Ahí, al pie de esa colina
a los siete tengo atados.
- Macab. ¡Ah!, cómo son tan malvados.
- Antio. Su dicha escoge o su ruina.
— *a Filarches que se va.* —
Conduce ante mí al mayor.
— *Se oyen trompetas; luego un himno lejano. Antiocho se queda sorprendido y dice:*—
¡Qué cántico! (No parece
el de mis soldados! Crece...)
- Macab. ¡Os causa cierto pavor!
- Antio. (¡Si el triunfo se dilatara!
¡Y yo no puedo marchar!)
— *a la Macabea.* —
¿Estás alegre? Triunfar
no esperes. (Si se ablandara.)
- Macab. Ese cántico me dice
que cerca está la victoria.
- Antio. ¡Oh!, no tendrás esa gloria.
- Macab. Vuestra ruina predice.

ESCENA 12ª

Dichos y Filarches con el hijo de la Macabea.

- Hijo. ¡Madre mía, madre mía!
— *Se abrazan.* —
— *efusión* —
- Macab. ¡Hermosísimo lucero!
Ahora más que nunca os quiero,
vosotros sois mi alegría.
- Hijo. Madre, ¿quién os tiene presa
y a todos de dolor llenos?

Macab. ¡El delito de ser buenos!

—*al hijo, con ira*—

Antio. Macabeo, de hablar cesa.

Macab. Ni quieren que a Dios amemos
ni que en Él tengamos fe.

—*Inquietud en el pueblo.*—

Hijo. Yo siempre en él la tendré.
¡Ah!, permitidnos que hablemos.

—*grande efusión en todos estos versos*—

Macab. Miradle. ¿No veis qué hermoso?
¡Qué inocencia, qué candor!

Antio. Hoy veremos su valor.

—*la Macabea casi delirante*—

Macab. De valor y amor reboso.
¡Oh! La mayor injusticia
que aquí vais a cometer
no es matar a esta mujer...

Hijo. ¡Madre!

Macab. Ved vuestra malicia.
Mi cuerpo despedazad;
—*hace un supremo esfuerzo y se repone*—
¡pero a ellos! Mas, ¿qué digo?
¡Oh, mi Dios es buen testigo!
—*con gran rendimiento*—
Cúmplase su voluntad

Antio. A ese joven separad
de los brazos de su madre
—*a ella*—
Resuélvete.

Macab. ¿Y eres padre?
Mentira.

Filar. Ven
 —*al hijo bruscamente*—

Hijo. Apartad.

Filar. ¡Mala madre!

Hijo. Cierra el labio.

Antio. Separadle.

Macab. Vasto yo
 para hacerlo.
 —*Lo entrega con dignidad.*—

Hijo. ¡Madre no!
 ¿Quién os quiere hacer agravio?
 Al que tal cosa pretenda...

Macab. Déjalos... ponte delante
 de Antiocho.

Hijo. En el instante.
 —*lo hace*—

Antio. (Veremos si ahora se enmienda.)
 Joven, ¿tú quieres vivir?

Hijo. El tiempo que mi Dios quiera.

Macab. Bien.

Filar. Pues que muera, que muera.

Antio. ¿Quieres dejar de sufrir?

Hijo. Ya dije lo que yo quiero;
 y si para daros gusto
 he de faltar a lo justo,
 no, ni por el mundo entero.

- Antio. Joven, por última vez.
Decide ya de tu suerte,
próxima tienes la muerte.
- Macab. Ella dará gloria y prez.
- Antio. Que diga si me obedece.
Ve que vas a ser quemado.
- Macab. ¡Cómo os habéis ensañado!
¡Y ese triunfo os envanece!
- Antio. Igual fin a ti te espera.
- Hijo. Madre mía, ¿no dijiste
que si aquí la suerte es triste
—*señalando al cielo*—
será aquella placentera?
¿No nos tienes advertido
que un poco de padecer
en infinito placer
ha de verse convertido?
- Macab. Sí, sí, de cierto, de cierto.
- Antio. (Su constancia no derribo.)
- Hijo. No quiero ser malo, vivo,
y sí por bueno ser muerto.

—*El pueblo se conmueve.*—
- Antio. ¡Ah, mujer embaucadora!
¡Cómo a tus hijos fascinas!
Tú, sola, los asesinas,
aún a ellos eres traidora.
Soldados, a esta mujer
conducidla donde vea
el suplicio. Macabea,
antes te he dado a escoger.
Brille la hoguera al momento.

—*Van se algunos soldados y al poco, por detrás de la colina del foro, se advierte el resplandor de la hoguera.*—

Macab. ¡Ah!

Antio. Vaya con sus hermanos.

—*Otros soldados arrancan bruscamente al hijo de los brazos de la madre. Quieren ambos abrazarse y se lo impiden. La madre señala al cielo, como animando a su hijo al que llevan por detrás de la colina.*—

Macab. ¡Aquí todos sois tiranos!

Hijo. ¡Madre, yo por vos lo siento!

—*alzando la voz*—

Macab. Ese vivo resplandor
alumbra nuestro camino.

Antio. Calla!

Macab. ¡Y aliento divino
nos aumentará el valor!

—*Se oye otra vez el himno lejano. Los soldados conducen a la Macabea a lo alto de la colina. Antiocho llega hasta la mitad de ésta por un costado, por el derecho, para ver el suplicio. La Macabea al llegar a lo alto se arrodilla y ora. Pone se de pie a pocos momentos.*—

Antio. (¡Cuán me estremece ese canto!)

—*Subiendo a la colina.*—

Macab. Ese canto es la esperanza
que anuncia al pueblo bonanza.

—*Cesa el canto.*—

Antio. O que le anuncia más llanto.
Hijos de la Macabea,
¿aceptáis todos mi ley?
¿Obedeceréis al rey?

Voces de Contra Dios, nunca.
los hijos.

Antio. Pues sea.

Macab. Así labráis su fortuna.

Antio. Sus lenguas, presto, cortad.

Macab. Hijos, creed y esperad.

Antio. Ya no hay esperanza alguna.
Caiga el mayor en el fuego.

—*Filarches se precipita a ejecutarlo*—

Macab. ¡Ten, hijo mío, valor!

Antio. Otro al fuego.

—*algunas voces*—

Pueblo. ¡Cuánto honor!

Macab. Aquí por vosotros ruego.

Antio. Otro más, todos, y así
concluya esta raza infame.
—*al pueblo, que murmura*—
¿Cómo queréis que la llame?
¿Los queréis más que a mí?

Macab. Dios nos mira. ¡Con su manto
nos va a cubrir, hijos míos!
¡Valor! ¡Ay de los impíos!
¡Su risa acabará en llanto!
—*al cielo*—
Señor, ya veis que soy madre;
no quiero tener flaqueza;
no me espanta la fiereza
pues que sois el mejor padre.
Veo el cielo abierto ya,
felicidad veo escrito.
¡Bendito seas, bendito!

- Antio. Mas Él no te salvará.
 Vaya a la hoguera también,
 la paz del reino lo exige;
 ya con tiempo la predije
 esta corona a su sien.
 Soldados, esa mujer
 vaya a la hoguera.
—Dudan los soldados.—
 ¡Qué hacéis!
 ¿Ahora por qué os detenéis?
 ¿No queréis obedecer?
 ¡A la hoguera!
*—Algunos soldados se llevan a la Macabea;
 el pueblo intenta salvarla.—*
 ¡Pueblo infiel!,
 aparta y teme el castigo.
- Macab. Pueblo mío, así consigo
 inmarcitable laurel.
—Entra el jefe anterior.—
- Jefe. Calisthenes ha mentido.
 ¡Judas avanza, señor!
- Antio. ¡Calisthenes! ¡Oh traidor!
- Jefe. Judas, señor, ha vencido.
- Macab. ¡Oh!, mi Dios, un Dios, ¿lo ves?
- Jefe. Aprestaos, a caballo.
—con desesperación—
- Antio. Y fuerzas en mí no hallo.
—señalando al rey—
- Macab. ¡Vedle, rendido a mis pies!
-mirando hacia la izquierda-
 Desde aquí veo su bandera.
 ¡Cuán contenta moriré!
- Antio. De vengarme acabaré.
 Pronto, que muera, que muera.

—*El pueblo se opone, los soldados lo rechazan y Filarches se presenta sobre la colina por la parte opuesta, coge a la Macabea del brazo y la precipita hacia la hoguera. Se aumenta el resplandor de ésta.*—

Macab. —*con voz fuerte al ser precipitada*—
¡Mi Dios, mi Dios, tuya, tuya!

—*Se oye el himno de la victoria muy cercano. Pavor general. Varios soldados cercan al rey para defenderle; él tiembla y se apoya en un jefe; llegan algunos soldados de la batalla despavoridos, al tiempo que Filarches baja desesperado por la colina y dice:*—

Filar. ¡Huyamos, señor, huyamos!

Antio. ¡Aquí todos perezcamos!
¿Cómo quieres tú que huya?

—*Llega Judas, foro izquierda, con una bandera en la mano. Sube la colina. Soldados y jefe suyos, en actitud ofensiva, quedan al pie de la misma. Cesa el canto al llegar Judas.*—

ESCENA 12^a

Dichos, Judas, soldados, etc.

Antio. ¡Me ahogo... fuerza me falta!

Judas. ¡Antiocho! ¡Triunfa el cielo
de los buenos! ¡Triunfa el cielo!

Antio. —*con grito de espanto*—
¡Oh!, que la muerte... me asalta.
De vuestro Dios el poder...
tarde conozco... yo... muero.

—*Muere. Soldados suyos se lo llevan con precipitación por foro derecha.*—

Judas. No le clavéis el acero.
-*a algunos de los suyos que se lanzan detrás del grupo que se llevó el cadáver.*-
¡Murió! ¿Y la noble mujer?
¿Dónde está la Macabea?

Filar. Ella y sus hijos murieron
en la hoguera.

Judas. ¡Percieron!
¡Crueldad indigna y fea!

—*Delio entra y dice:*—

Delio. ¡Infame, vil asesino!
—*A Filarches y le hiere.*—

Filar. ¡Ay! Mi corazón...
—*Se cae el acero de la mano y va a morir fuera de la escena.
Se ve arder en la ciudad un edificio.*—

Delio. Señor,
¿veis aquel gran resplandor?
Es el castigo divino.
Calisthenes, azorado,
el que puso fuego al templo,
en su casa, para ejemplo,
allí perece abrasado.

Pueblo. ¡Gloria al gran libertador!

Soldados. ¡Gloria a Judas Macabeo!

Judas. Cumpliósse nuestro deseo,
mas la gloria es del Señor.
En Jerusalem entramos,
haya fiesta de ocho días;
con piadosas alegrías
el templo purifiquemos.
Y aprenda en esta ocasión
el rey que nos mande ahora,
que aquel que a Dios deshonra
sólo hallará perdición.
Obremos siempre en justicia,
en Dios nuestros ojos fijos.

—*Se oye música como de arpas en los aires. Ocho nubecitas
blancas se elevan desde el sitio de la hoguera y pasan por
encima de Judas, cruzando hacia la izquierda, por donde
desaparecen lentamente.*—

Judas. ¡Oh!. ¡La madre con sus hijos
entre celeste milicia!

—Resplandor especial rodea a un ángel que baja y queda sobre la colina. Va vestido de blanco y lleva armas de oro. Con la mano izquierda pone sobre la cabeza de Judas una corona de laurel y oro, y con la otra señala al cielo. Judas, pueblo y soldados hincan una rodilla en tierra.—

Judas. ¡Oh Dios, en tu ley milito!

Pueblo. ¡Bendito el libertador!

Judas. ¡Que sea bendito el Señor!

Pueblo y soldados. ¡Que sea bendito, bendito!

—Al caer pausadamente el telón, se eleva el ángel y los soldados y pueblo entonan el himno que antes venían cantando, levantándose todos y desfilando por delante de Judas hacia Jerusalem.—

HIMNO

Corona de victoria
pongamos en su sien;
de nuestro Dios la gloria
verá Jerusalem.

Jehová con fuerte mano
la victoria nos da;
vencimos al tirano,
cantemos a Jehová.

FIN DEL DRAMA

COLABORA:

